

Macario Polo Usaola

LA RUTA NO NATURAL

Para Maco y Mari Prado.

«Mientras el turista se apresura por lo general a regresar a su casa al cabo de algunos meses o semanas, el viajero, que no pertenece más a un lugar que al siguiente, se desplaza con lentitud durante años de un punto a otro de la tierra».
(Paul Bowles, en "El cielo protector").

Primera parte

I

Cuando Antonio llegó a la casa de Libertad, 19, Paco ya llevaba un par de días completamente instalado: había distribuido sus libros por las estanterías de la habitación que le correspondió por sorteo, pinchó algunos afiches por la pared y dispuso en un rincón unas patas de caballete y una tabla sobre ellas, de tal manera que podía disfrutar ya de una mesa amplia pero no muy segura. Tras proporcionarle un pequeño meneo y convencerse de la relativa firmeza que le ofrecía, colocó encima su ordenador personal y, en la pared, frente a la posición que ocuparían sus ojos cuando los levantara para reposarlos al estudiar, pegó con celo la hoja en la que había trazado, como todos los años, un plan anual que haría compatibles los horarios de ocio y estudio. «Este año sí», se dijo, «este año lo tengo que cumplir a rajatabla». Luego sujetó con unas redes y unas alcayatas los bafles de su minicadena en dos esquinas diagonalmente opuestas de la habitación y los conectó al aparato. Probó su buen funcionamiento poniéndolo a tope. «Curso nuevo, vida nueva», pensó a la vez que se movía como si tocara la batería de la canción que sonaba. Antonio apareció sin avisar. Paco le esperaba para el domingo o el lunes siguiente, no para aquel miércoles que ni pinchaba ni cortaba en la mitad de aquella semana perfectamente prescindible de principio de curso.

Les había costado encontrar piso. El que compartieron el año anterior lo ocuparon desde septiembre hasta los primeros días de julio por un contrato de arrendamiento privado fuera de la ley, alegal, ilegal, y durante todo el curso estu-

vieron lamentándose del trato que les proporcionaba el casero, dueño también del piso inmediatamente inferior y que en muchas ocasiones abría sin avisar aquel efímero hogar con su llave, bien para dejarles en la nevera algo que a él no le cabía en la suya, bien para interrumpirles la fiesta del sábado por la noche alegando que la música y el vocerío no les dejaban dormir ni a él ni a su señora. Así que acabaron el año más bien molestos con el propietario, reiterado invasor sorpresivo de su intimidad, que también les apremiaba en exceso antes de fin de mes para que llevaran a efecto el pago del canon mensual. Por eso, aunque la otra era una buena casa, exterior y con mucha luz, con habitaciones amplias y un cuarto de baño para cada uno, decidieron cambiarse para el año siguiente y se despidieron de la antigua dejando algunos pequeños sabotajes que molestasen al casero y que les sirviesen de venganza: bisagras sujetas con un solo tornillo medio desenroscado, una pata del frigorífico torcida y apoyada en un punto de dudoso equilibrio, una junta de dos tuberías sin estopa que dejaba escapar gotitas de agua...

Y día tras día fueron aplazando a mañana la búsqueda de la nueva casa y fue a mediados de septiembre cuando lograron encontrar, por mediación de la tía de Antonio, que vivía en la capital, una casa más pequeña y algo más cara, con menos luz pero con calefacción, menos próxima a sus respectivas facultades pero con una terracita que en primavera recibiría el bonito sol de la tarde y con vistas todo el año a un pequeño parque que había debajo.

Aunque no le gustaba, Paco estaba viendo un partido de balonmano en La 2 cuando oyó la inconfundible segunda bocina del coche de Antonio, que gracias a cierta circuitería electrónica que le regalaron reproducía dos veces, con un solo

toque, las primeras notas de la melodía de «La cucaracha». Paco sonrió y la tarareó mientras se levantaba para asomarse al balcón, y saludó desde arriba a Antonio, que había aparcado diagonalmente su 124 blanco con doble tubo de escape, capota negra y quitasol verde en el parabrisas con nombre de bar, en un pequeño hueco. Antonio se quitó la gorra de capitán de barco con la que había conducido desde su pueblo y la agitó para corresponder al saludo, y en menos de dos minutos Paco había bajado a la calle desde el segundo piso para abrazar a su amigo y ayudarle a descargar el voluminoso equipaje.

Se dieron la mano y luego un abrazo con verdadera sinceridad, y los dos pensaron realmente en besarse en las mejillas, pues realmente se querían y se habían echado de menos durante aquel verano; pero el abrazo fue tal vez muy corto y cuando quizás estaban decididos a hacerlo ya estaban nuevamente separados.

—¿Qué tal estás? —preguntó Antonio.

—Bueno, bien, imagínate. Mi madre es la que lo está pasando peor. Fue una putada. Me pregunto por qué Dios o quien sea, el que decida sobre nosotros, tuvo que llevárselo. Pero yo qué sé. Es la vida, ¿no?, y hay que seguir. El pobre. Hacían las bodas de plata, y esa noche nos íbamos todos a cenar *mancheo* a Puerto Lápice. Y fíjate, al día siguiente lo tuvimos que enterrar.

Paco quería mucho a su padre, pero los malos azares de la vida lo llevaron a caerse del andamio el mismo día de su aniversario, el mismo día en que Paco regresaba a su casa con ocho aprobados y el mismo día en que el hombre y otro desgraciado compañero iban a terminar de recoger el propio andamio.

—Parece una puta broma del destino —añadió—. ¿Y qué tal tú?

—Bueno, pues no me puedo quejar. Me he pasado todo el verano estudiando y pensé que no me iba a valer para nada... pero al final he aprobado tres de las cuatro.

—¿Cuál es la que te ha quedado? ¿La Termo?

—Qué va, tío. Cinco y medio, en Termo. El cabrón de Materiales me ha vuelto a cargar. Con un cuatro. Pero vamos, que nada, que me dice el tío en la revisión que él me aprobaría, pero que como no he *dao* palo al agua que me joda y me la saque en febrero.

—Qué gentuza. Es para cogerlos y hacerles algo, porque no te creas que no te ha puteado ya el tío lo suficiente como para quedarse a gusto. Pero bueno. ¿Subimos las cosas?

—Venga.

El coche iba cargado y tenía vencidos los amortiguadores traseros.

—Pues me ha traído de puta madre. A ciento veinte lo he puesto en la receta de Argamasilla y no ha rechistado.

—Si ya te digo yo que los Seat son calidad.

—Ten *cuidao*, no arrugues los pósters, que me traigo uno de la Claudia Schiffer posando en tetas que alucinas.

—¿La Schiffer en tetas? ¿Dónde ha salido?

—En ningún sitio. Mi hermano, que ha hecho un montaje en la imprenta con el ordenador. Las tetas son de otra. Oye, ¿y quién ha venido ya de los colegas?

—Pues he visto sólo a Germán y a Hermilo. Vi también a Mónica, que ha debido de pasarse el verano en la playa, y buenísima, tío: morenita, con un jersey por el ombligo y una faldita corta que *pa* flipar.

—Hombre, ya te has coscao. Yo siempre lo he dicho, que Mónica está muy buena, que es de lo mejorcito que se ha visto en provincias.

Subieron los pósters, una silla plegable de director de cine en cuya parte trasera ponía «Antonio Barajas» formando un semicírculo y «Director» como sujetando el nombre y el apellido, un tocadiscos, varias cajas con libros, una maleta con camisas y pantalones, una bolsa de calzoncillos, otra caja con discos y compactos, un tablón de corcho para pegar notas y avisos, un taco de revistas de Ingeniería con una Playboy escamoteada entre medias, una carpeta con los cuentos que Antonio escribía, un neceser con objetos de aseo.

—¿Hay Coca-Cola en el piso? —preguntó Antonio en el último viaje.

—Un par de latas, ¿por?

—Porque mira lo que tengo —y sacó de debajo del asiento una botella de JB.

—¡Hombre!... Una botellita de Justerini.

Antonio sirvió unas copas.

—Yo poquito... Vale, vale, un toquecito nada más. ¿Vas a ir a clase mañana, Antonio?

—Qué dices. No, no: puede ser mortal un cambio tan brusco. Desde que acabé de exámenes llevo quince días levantándome a las ocho para estar más tiempo sin hacer nada, y mañana haré lo mismo. Hombre, a las diez o así iré a la Escuela a matricularme, coger número o lo que sea y me pasaré por el bar, a ver si veo a Juanito o a alguno de éstos.

—¿Es verdad eso?

—¿El qué?

—Que llevas quince días levantándote a las ocho para estar más tiempo sin hacer nada.

—Te lo juro.

—Joder. ¿Y qué haces?

—Nada, ya te digo. Leo el periódico o ni siquiera. Voy a echar una meadita, tío.

—Pues echa agua del cubo. No tires de la cadena, que estamos con restricciones hasta las siete. Vamos, porque digo yo que la cadena la usaremos cuando no haya más remedio.

—Me parece bien. Y dices que hasta las siete, ¿y desde qué hora?

—Desde las siete. Doce horitas. Creo que toda el agua que viene es de pozos, que el pantano está más seco que el ojo de Benito, que...

—...que era de cristal —contestó Antonio. Y separados por un par de tabiques, Antonio con la bragueta abierta y sacándose la cola y Paco echándose un poquito más de whisky, que tan poco se había puesto que aquello no sabía a *ná*, sonrieron con la pequeña complicidad de saberse las mismas gracias y simultáneamente pensaron «éste es un tío de puta madre, hombre».

Antonio, que ya se había olvidado, fue a tirar de la cadena, pero una pegatina junto a ésta con el escudo regional y un grifo pintado le recordó la conveniencia de utilizar el cubo. Echó un poco de agua y leyó el texto de la pegatina: «No me uses como cenicero. Ahorra agua». Miró al lavabo y vio otra junto al grifo: «Ciérrame mientras te afeitas o te cepillas los dientes. Ahorra agua». Antonio fue a su cuarto, que tenía todas las cosas desparramadas por el suelo y por la cama, y sacó de algún lugar una libretilla de papeles adhesivos. Cogió uno y escribió en

él: «No tires de la cadena tras cascártela. Ahorra agua». La pegó en la cisterna y volvió al salón sin decir nada.

—Joer, que agobio lo de las pegatinas, ¿no?

—Bueno, ya ni las veo. ¿Quieres que te eche una mano para colocar las cosas?

—No, pasa. Ya lo coloco mañana. Si no te creas que hay tanto. Cuestión de una hora.

Antonio se encendió un cigarro y dejó pasar el tiempo que dura una calada:

—Paco, ¿y qué has estado haciendo estos días, tú solo?

—Pues nada... ir a clase, que la verdad es que vaya rollo, me he comprado un par de *cómpas*, la tele, y tal. Es que me he venido tan pronto porque... no sé si habré hecho bien, porque no quería que mi madre se acostumbrara a estar siempre con compañía, y tal.

—Hombre, pero se queda tu hermana con ella.

—Ya, pero mi hermana va y viene mucho a Madrid, a reuniones de la empresa y eso... Por eso he aprovechado que se queda esta semana completa en mi casa, que hasta la próxima no tiene que ir, vaya, y me he venido. Así, mi madre se queda con ella estos días y, bueno, ya no seré yo el que la deje sola. Yo qué sé. No sé, tío, no sé. Vaya putada la vida.

—Venga, déjalo, Paquete, no te preocupes —Antonio forzó raudamente un cambio de tema—. ¿Qué... qué compactos te has comprado?

—Pues la banda sonora de *Pulp Fiction* y el último de *AC/DC*. Están bien los dos —Paco agradeció en su fondo la nueva conversación propuesta—. Ma-

cho, pues han terminado muchas obras por el centro, que lo han hecho casi todo peatonal y han puesto jardincillos y tal, y se ha quedado muy bien. Para lo poquito que puede enseñar Ciudad Real, la han dejado guay, una ciudad muy coqueta.

—Algo he visto al venir, porque han cambiado la dirección de alguna calle y me he tenido que ir hasta la Plaza del Pilar. Pero no me he fijado mucho.

—Bueno, Antoñito. Me voy a meter en el sobre, que me caigo de sueño.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Paco decidió por el pasillo dormir con la camiseta que llevaba puesta y se desabrochó el cinturón en el camino para que luego le costara menos trabajo quitarse el pantalón. Entró al cuarto de baño y se sonrió al ver el hidroconsejo que había dejado Antonio. Pensó en quitarlo por si las visitas, pero pensó también que ciertamente le resumía un pensamiento, un ligero cargo de conciencia, que siempre le acuciaba en esos momentos obvios. Así que dudó y lo dejó.

Antonio cerró y colocó la botella de whisky en un lugar visible del mueble del salón para que hiciera las veces de figura de porcelana, de adorno romántico, gamberro, rebelde; vio las noticias mientras cenaba un bocata ya reseco de jamón york que trajo de su casa. En la pantalla blanco y negro de 14 pulgadas se ofrecían los resultados definitivos de la campaña de tráfico de verano; la imagen de un hombre asesinado y tapado con una manta manchada de sangre en una calle de alguna ciudad; tomas aéreas del éxodo de miles de personas desnutridas y atestadas en tiendas de campaña provisionales en mitad de un valle rocoso y desértico de algún país del mundo; una mujer llorando porque su hijo no había sido encontrado bajo la nieve de un alud en el Everest; un hombre comentando

que estaba de juicio contra su mejor amigo porque éste no compartió con él el millonario premio lotero que, por fin, les tocó tras años de insistencia en el mismo número; un ministro dando larga y afectuosamente la mano por tercera vez a su homólogo alemán; los goles del primer amistoso de la temporada de la Selección; un espectacular accidente sin víctimas que afectó a doce coches de carreras en un circuito; jóvenes bebiendo para ilustrar que los adolescentes de hoy consumen más alcohol que sus padres; la imagen de una orquesta extranjera interpretando a Mozart en el auditorio de Madrid. Quizás ésta era la mejor noticia, y tras disfrutarla apagó el televisor desde el sofá empujando el interruptor con un palo de fregona y pensó «Después de todo, soy afortunado». Con esfuerzo se incorporó y buscó en una carpeta con doce apartados en los que archivaba los cuentos que escribía uno que se llamaba «Una historia real». Lo repasó y lo corrigió con un bolígrafo:

«En la locura que lo llevó a abandonar su hogar con mujer e hijos, Paco Ventas se había convertido en un trotamundos que subía desde Andalucía a Galicia a pie, ejerciendo en sus paradas como trapero. Recogía cartones y chatarras y las llevaba a vender a los comercios que a la compra y venta de estos efectos se dedican. No pagaban mucho, pero el hombre no se quejaba, porque cubría sus necesidades con poco dinero. Esta historia le acaeció en un pueblo de la vieja Castilla; un pueblo grande, pero con iglesia románica de mampostería, calles estrechas y empedradas, vacas y mulos en las afueras y puente romano.

Dormía precisamente bajo el puente, y siempre le decía "No te vayas a caer hoy", cuando se arropaba bajo él con algunos de los cartones que recogía para subsistir y que no vendía. Luego pensaba: "No, no se cae, si estos tíos jodíos construían muy bien".

El puente nunca había contestado a Paco Ventas, porque éste siempre le entregaba su mismo mensaje a una hora en que la luna ya había salido y se veía brillar la Estrella Polar en lo alto del cielo, y es que a esa hora el puente había cerrado sus ojos de una forma inapreciable para un ser humano, pero no para un pájaro, y ya dormía y no escuchaba. En las primaveras, también dormían en él algunas golondrinas en unos nidos que construían con barro que recogían de las orillas del río, ya casi seco, que pasaba bajo su ojo central. Las golondrinas sí hablaban con el puente. Tenía casi dos mil años, lo construyó un gobernador del César, a la par que un anfiteatro, para contentar al Pueblo y facilitar de paso las comunicaciones, a través de él, con otras zonas del Imperio. Quiero decir que el puente tenía ya mucha experiencia, había soportado incó-lumemente muchas crecidas y habían dormido muchas personas debajo de él: adolescentes que se fugaban de sus casas, huidos de la Justicia, parejas de amantes que pasaban allí la resaca de las pasiones, caminantes no hay camino se hace camino al andar, locos que se creían Napoleón, soldados que más tarde morirían en combate... Muchas personas, en fin; pero nunca ninguna, en sus veinte siglos de vida, se había dignado a hablar con él, a agradecerle el techo que le había prestado por unas horas, que le había protegido de la furia del dios Thor. No obstante, tantas conversaciones había oído ya el puente, que

entendía perfectamente el lenguaje de las personas. Sabía, además de español, francés y caló: aquél, por un campamento de soldados gabachos que hubo a su alrededor cuando la invasión de principios del siglo pasado; éste, por las ocasiones en que algún grupo de gitanos lo aprovechaba para hacer una ele con su carronato y las paredes, y ahí hacían fuego y tocaban las palmas y la guitarra.

"Estos tíos me construyen, les hago un servicio durante todos estos años y no me lo han agradecido ni una sola vez", pensaba el puente, que además se encontraba viejo y sentía cómo el mal de la piedra carcomía sus entrañas, anunciándole una muerte próxima. Aquel día era distinto, porque Paco Ventas, además de loco, estaba borracho. Se había bebido dos botellas enteras de vino caliente, y llegó a su especial hogar dando tumbos cuando todavía no se había puesto el Sol. Paco Ventas tenía mucho sueño. "Hoy me he pasado", se dijo, "No tenía que haber bebido tanto".

—No te vayas a caer —le dijo al puente, señalándolo con un dedo y riéndose de su situación el grado justo que le permitía su escasa lucidez mental.

Pero Paco Ventas quedó sorprendido cuando escuchó una voz no humana que salía de un lugar indeterminado, una voz que le dijo:

—No sé que decirle, oiga, porque últimamente me encuentro fatal.

A Paco Ventas se le pasó el pedo rápida pero efímeramente y dio una vuelta sobre sus pies buscando a quien le pudiera haber hablado. No encontró a nadie.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

—Soy yo, el puente. Me ha dicho usted que no me vaya a caer, y yo le digo que no sé, no sé, porque me encuentro muy mal últimamente.

Paco Ventas miró tras los muros que aguantaban la estructura de la obra sin ver alma humana alguna. "Huy, he bebido muchísimo. No creía yo que estuviera tan ciego", pensó, y luego dijo:

—Bueno, puente, pues procura caerte cuando no esté yo —contestó a lo que pensaba una alucinación. Luego se arrojó con los cartones de un frigorífico de cinco estrellas, y pensó jocosamente que tal vez su peculiar manta le diera un poco de frío—. Hasta mañana, puente.

—Hasta mañana, señor, buenas noches.

—Buenas noches.

Paco Ventas, no obstante, se quedó un rato pensativo y miró al techo, a izquierda y a derecha sin mover la cabeza. "Bueno", pensó. Se santiguó como todas las noches, cerró los ojos y empezó su sueño en menos de un segundo. A media noche oyó unas voces que le despertaron: "¡Quítate, ¡quítate!", pero se creyó que estaba soñando que soñaba y que, en realidad, el que se había despertado era el Paco Ventas del sueño de primer nivel.

Al día siguiente, los periódicos se hicieron eco de lo sucedido: "El puente romano se derrumba y aplasta a un vagabundo que dormía bajo él"».

Hacía cuatro meses que a Antonio se le ocurrió esa historia absurda, y pasaron quince días, justo lo que tardó en agobiarse por los exámenes, hasta que

se decidió a ponerse a escribirla. Tan descabellado le pareció, que sólo el título le hizo sentirse satisfecho por el cuento. Realmente, durante los cuatro años que llevaba en la universidad, cinco con éste que empezaba, había escrito veinte o treinta cuentos imposibles, a todos los cuales llamó «Una historia real». Antonio sólo escribía cuando valoraba en su pecho la presencia física de algún mal sentimiento, de alguna buena emoción; cosas que, como él decía porque algo había leído, eran sólo el producto de reacciones químicas en su interior, de excesos o defectos de enzimas, neurotransmisores y cosas así. Había oído hablar de un libro que explicaba los efectos de un medicamento que todo lo curaba, que quizás quitase al organismo lo que le sobraba y le aportase lo que le faltaba. Posiblemente fuera algo parecido a la Panacea Universal que buscaban los antiguos. Ahora no estaba agobiado, no tenía malos sentimientos ni buenas emociones, pero sacó todos los cuentos y fue recordando con cada uno los estados de ánimo que se los habían inspirado. Se puso triste, alegre, romántico, soñador, cachondo, aventurero; se sintió asesino, ladrón, policía, náufrago en mitad del Pacífico; viajó a Madrid, a Sevilla, a Cuenca, a Nueva York y al centro del Sol; fue soltero, casado, viudo y cura putero. Lloró y sonrió. Fue hombre, mujer y perro. El cuento del perro se llamaba «Una historia real», pero ahora se lo cambió y le puso «Diálogos conmigo y con mi amo». Se acordó de Orlando Azcárate, un personaje de la ficción de Juan José Millás, escritor de cuentos como él, al que Antonio reconoció una vez en la estación del Ave de Ciudad Real. Aunque tenía el billete sacado para ir a ver a una tía suya que operaban en el Ramón y Cajal de Madrid, Antonio se acercó a él y le dijo: «Tú eres Orlando Azcárate, ¿verdad?». «Sí, ¿me conoces?», contestó sorprendido. «Claro. He leído algunos cuentos tuyos».

«Pues ya es raro, porque yo en realidad no existo. Sólo soy personaje de novela». «Ya, pero ya ves. Te conocí en "El desorden de tu nombre"». Antonio se olvidó de la salida de su tren y temió que se le agotara la conversación: «Bueno, ¿y qué haces en Ciudad Real?», le preguntó. «Pues es que vivo aquí. Vamos, que mis padres son de aquí». «¿Y han venido a por ti?». «No, deben de estar trabajando». «Si quieres, te acerco a tu casa». «Bueno, pero ¿tú no vas a coger un tren...? Tienes un billete en la mano». Antonio miró el billete y la hora: faltaban un par de minutos. «Sí, pero bueno». «Pues vamos».

Antonio tiró el billete en la papelera que hay junto a las puertas automáticas de la estación. Subieron al coche. «¿Y qué tal? ¿Sigues escribiendo?». «Bueno, se hace lo que se puede. Por fin me publicaron un libro de cuentos», dijo Orlando. «Pues fíjate. Lo que más me gusta de ti es tu nombre. Es muy novelesco: *Orlando Azcárate*. Yo, sin embargo, me llamo Antonio. Antonio Barajas Tuétano». «Hombre, *Barajas* no está mal. Yo tengo un amigo que se apellida Bastos. Y *Tuétano* está bien; es como lo que tenemos en el hueso». «Sí», dijo Antonio, y se sintió un poco más seguro, más sólido, más satisfecho de haber recibido un bautismo así. «Lo malo es *Antonio*. Me habría gustado más, no sé, *Macario*», añadió Antonio. «No jodas. *Macario*, como el muñeco. ¡Ahhh!», dijo Orlando imitando al personaje. «Conozco a uno que su padre tiene de segundo apellido *Risueño*», continuó Orlando. «Qué guay. Está muy bien *Risueño*». Con la conversación, habían dado ya la vuelta completa a Ciudad Real y estaban nuevamente próximos a la estación. «Por cierto, ¿dónde vives, Orlando?». «En Compás de Santo Domingo, al lado de donde estaba El Ave Turuta. ¿Sabes dónde?». «Sí», contestó Antonio, y luego pensó: «Joder, este tío es pura novela: "Orlando Azcárate, escritor de cuen-

tos. Calle del Compás de Santo Domingo, junto al antiguo Ave Turuta"». Para completar los datos de la tarjeta de visita intentó imaginar un número de teléfono cadente, musical, rítmico, posiblemente misterioso, y anduvo el trayecto hasta casa de Orlando pensando, cambiando, combinando y permutando cifras. Pero no se le ocurrió ninguno, no hallaba ninguna combinación perfecta. Cuando llegaron frente al portal, Antonio le preguntó: «Oye, ¿cuál es tu número de teléfono?». «No tengo». Orlando agradeció a Antonio la molestia, que según éste dijo no lo era, y Antonio completó en su imaginación la tarjeta así: «Teléfono: el cero».

Antonio se acostó lamentándose de llamarse Antonio, y en los cinco minutos que tardó en dormirse dio varias vueltas a la cabeza descartando Toni, Tón, Antuán, Ánzoni, y buscando un apelativo elegante y singular que le abriera las puertas de la fama literaria, que le permitiera ocupar con dignidad la primera posición de las listas de ventas de publicaciones en la sección de «Ficción». No quería enriquecerse con la escritura, sino simplemente obtener unas rentas que le permitieran poder vivir de ella: no tener jefe, ni horarios, ni treinta días anuales para disfrutar forzosamente las vacaciones. Pensó que no estaría mal anotar los ingresos obtenidos por la venta de sus obras en el libro que Hacienda obliga a llevar a los Profesionales y Artistas, e imaginariamente subrayó y encuadró «Artistas» con un rotulador fluorescente y tachó «Profesionales» con uno negro. Decidió en ese momento que a él, realmente, nunca le había gustado la Ingeniería, y continuó preguntándose qué cúmulo de fortunios o infortunios de la vida lo habían llevado a estudiar Telecomunicaciones. «Bien cierto es que la culpa es sólo mía, pues fue, con toda libertad, la primera opción que puse en la preinscripción para la Universidad». Luego se acordó del tiempo que había desaprovechado, que

había invivido, o desvivido, o como pudiera decirse, sacrificándose para sacar el Álgebra, la Física, el Cálculo Infinitesimal, la Teoría de Circuitos. Quiso recordar, consiguiéndolo, una frase de Torcuato Luca de Tena que alguna vez leyó en una novela encantadora: «La vida sería sin duda mucho más hermosa ignorando los secretos de la química orgánica». Se preguntó si «química orgánica» no se escribiría con mayúsculas y volvió a recordar la cita cambiando su final a "inorgánica". Discrepó consigo mismo sobre cuál de las dos palabras quedaba mejor para rematar la frase y estuvo seguro de que al señor Torcuato se le presentó en su momento, como a él, este mismo dilema. Estos pensamientos le hicieron evadirse y le ayudaron a consolarse un poco, y como el sueño le vencía y le enturbiaba el entendimiento, Antonio empezó a mezclar en una misma historia que no recordaría al día siguiente a Orlando Azcárate, a Torcuato Luca de Tena —cuyo rostro no conocía— y a su profesor de Álgebra. Luego apareció Antonio Muñoz Molina, que es un escritor de primera línea que se llama como él y que tiene bigote, y todos juntos formaban el jurado de un premio literario al que no se presentaban obras porque premiaba la trayectoria de los autores. Todos admiraban la obra de Antonio y todos eran partidarios de otorgarle a él el galardón de ese año. Antonio contemplaba la escena desde ese lugar extraño desde el que se ven los sueños. El de Álgebra ocupaba un sillón preferente en la mesa de reunión y Antonio lo encontró misteriosamente anciano. Él era el presidente del jurado y defendía con énfasis especial la candidatura de un hombre desconocido cuyas obras nadie había leído. Antonio no lo recordaba, pero en el final del sueño, tras arduas deliberaciones, el otro escritor hablaba al público, al que apenas se veía porque estaba oscuro, desde la tribuna de un escenario. Lucía en la solapa algo así como

la chapa de un embutido con una banderita colgando. Ésta era la parte visible y distintiva, la menos económica del premio.

II

—Es que soy muy sensible al alcohol —dijo Paco a las once de la mañana, cuando Antonio acudió a su habitación para despertarlo—. Con nada que beba ya me cuesta mucho trabajo levantarme a la mañana siguiente.

—Pues a las nueve y media me he levantado yo, y he sospechado que estabas durmiendo cuando no he visto ningún cacharro sucio en la cocina. Bueno, pues me voy para la Escuela, a ver si me entero de lo de la matrícula.

Antes de cerrar la puerta de la calle añadió, desde el descansillo de la escalera: «Oye, compra unos ciegos si vas al centro, a ver si nos toca. Te dejo diez duros en el mueble del *hall*. ¡Que acabe en cuatro, como el año pasado!».

Paco se quedó solo aquella mañana, pues resolvió no ir a la Facultad tras comprobar en el horario que tenía pegado en la pared de su habitación que las cinco horas del jueves eran muy susceptibles de sustituir por cinco horas de ocio. Uno de los deseos incumplidos de Paco era levantarse algún domingo temprano, a eso de las nueve, para bajar al quiosco a comprar el periódico y leerlo mientras hace cola en la churrería, comprar una docena y comerse la porra por el camino. Dudó de la veracidad de la reciente costumbre de Antonio de levantarse a las ocho para no hacer nada. No obstante, le dio envidia de que no se le hubiera ocurrido a él esa probable mentira. «Seguro que hoy tampoco se ha levantado a las nueve y media», dijo a la magdalena que se comía mientras escuchaba la música de Radio 3, y luego, no sin pena, la castigó proporcionándole un terrible

bocado que le arrancó de cuajo la esponjosa especie de cúpula. «Lo mejor de la *madalena*», se dijo, «lo más blandito».

Buscó en su habitación algo para leer, pero sólo trajo en el viaje esta novela de la que él es coprotagonista y que ya había hojeado, leído algunos trozos y abandonado en esta misma página porque no le gustaba. Se lamentó de su tiempo libre vacío de actividad: «Ya que pierdo el tiempo, por lo menos que no me aburra», pensó. Luego hizo mentalmente una lista de cosas que tenía que hacer ese día, y buscó un folio sucio para apuntarlas y que no se le olvidasen. Cogió de una lata de Coca-Cola sin tapa que había convertido en bote guardabolígrafos una pluma con un cartucho de tinta azul casi agotado, y anotó en una sola línea apaisada todo esto:

«Comprar: Pan, Prensa, Garrafa agua, Cupón de la 11, Cartuchos tinta, Paquete folios».

Luego, el tedio lo llevó a echar su firma en un huequecito. Antes de salir, se metió en la ducha y se acordó de su padre, de su madre y de una novia que tuvo. Pensando en alguna situación con ella se masturbó. Cuando terminó, salió de la bañera y la limpió de pelos y de los otros rastros con un potente chorro de agua fría. Razonó que había cumplido la recomendación de Antonio y se rió.



Como siempre hacía, miró el número en que había terminado el sorteo de la ONCE del día anterior y, para variar y poder hacerse millonarios de una vez, compró uno con una terminación distinta: «Déme uno que no acabe en cuatro», dijo al vendedor. «¿Te gusta éste?», le preguntó. «Ese mismo», contestó. «Son cien, ¿no?», añadió Paco. «Sí». «Pues tenga». «Ya lo puedes tirar, muchacho», le dijo el ciego. «¿Cómo?». «Que lo puedes tirar, que nunca toca». Paco se in-

dignó y por la ventanilla le dijo: «No te jode», y se marchó. Se frotó el cupón en la chepa para darle suerte y rezó unas oraciones a San Pancracio mientras llegaba a la papelería.

—Hola, ¿me da 500 folios y un paquete de cartuchos de tinta azul?

No tenían tinta azul y tuvo que ser negra. Se le ocurrió que también necesitaba roja, pero la tendera le dijo que no, que la roja no la trabajaban. Por el camino compró el pan y en la misma tienda quitó conscientemente la mirada de las garrafas de agua para evitar el sobrepeso. Llegó al portal convencido de que había olvidado comprarla.

Como si en ello le fuera la vida, cuando llegó a casa colocó un cartucho negro en la pluma, mas como seguía escribiendo con lo que le pudiera quedar de azul, rellenó media cara de folio con la transición entre los dos colores:

«Azul azul azul todavía escribe azul vamos sal ya color negro azul azul azul sigue con el puto azul azul vamos coño negro azul azul azul azul azul negro quiero negro vamos venga hombre sal negro.

Estoy escribiendo para ver si sale ya el negro y me quedo tranquilo azul azul azul no quiero dos colores quiero uno quiero uniformidad venga venga uniformidad uniformidad uni-formi-dad coño.

Hombre ya parece que sale azul digo negro ya parece que sale negro negro negro . ¡Albricias, es negro!».

Luego trazó unas líneas horizontales en la mitad inferior del papel para confirmar la continuidad del negro. Continuó dibujando una espiral, una calavera, un par de banderas que se inventó sobre la marcha y un hombre vestido de pirata que sujetaba una de ellas. Le gustó su dibujo, dobló el folio por la mitad y lo clavó en la pared con una chincheta. «Bodegón», lo tituló, con una letra gótica. Contem-

pló su habitación, tan personal, tan íntima, tan a su gusto, con la cabecera de la cama orientada al norte para conciliar bien el sueño, con la foto de sus padres en la mesa de estudio, con su colección de compactos colocados en una tabla de madera que había sujetado en la pared. Recordó a su padre, cuya muerte le pareció una pesadilla imposible, una mala broma de Dios, o de Alá, o de quien sea; quizás de alguna diosa malvada pero con el morbo de un cuerpo excitante y lleno de curvas. «Eso va a ser», imaginó Paco contemplando la foto, «papá estaba en lo alto del andamio y la cabrona de la diosa le atrajo hasta el vacío con sus encantos». Imaginó la silueta de la diosa y pensó que, posiblemente, él también la habría seguido. Luego razonó que vaya gilipollez y decidió bajar al Copito a tomar una caña y a leer la prensa local. Dejó una nota a Antonio en el mueble del *hall*: «*Estoy en el Copito, que es el bar de dos portales más arriba*».

El periódico lo tenían en ese momento dos policías que habían dejado las motos en la puerta del bar para hacer una pausa. Tomaba cada uno un botellín de cerveza sin alcohol, y Paco, tras pensar que «Claro, como están de servicio...», ocupó un taburete y apoyó los antebrazos en la barra. «Una cañita», pidió. «¿Qué quieres de tapa?», preguntó acto seguido el camarero. «Pisto», respondió. Paco sabía, por otros días que había bajado al bar, de la buena calidad del pisto del Copito. El estar en silencio y el no poder leer le hacían sentirse un poco solo. Afortunadamente, el camarero, que pasaba la bayeta por los aledaños de la caña de Paco, se dirigió a él:

—¿Qué eres, estudiante o algo así?

—Sí, de Filosofía. Tengo el piso aquí al lado, a la vuelta de la esquina, con un compañero.

—Me lo he imaginado. Como te he visto un par de días por aquí... Ahora es que se llena esto de estudiantes.

—Claro. Pues Francisco me llamo. Paco, vamos.

—Manolo —dijo el camarero—, si algún día necesitáis pan o lo que sea, ya sabes.

—Muchas gracias —contestó Paco, y le extendió la mano para estrecharla—. Os sale buenísimo el pisto.

—Sí, ¿verdad? Lo hace mi mujer. Además de pimiento y tal le echa calabacín. Igual que en *Telepizza* está en la masa, aquí el secreto está en el calabacín.

Rieron y Manolo se retiró a dejar limpio el lugar que habían ocupado los policías. Paco quedó nuevamente solo y alargó el brazo para coger el periódico. «*Radio Popes* inició ayer sus emisiones de prueba en Ciudad Real. El director de la emisora en la capital, Julio Antúnez, afirmó que el próximo viernes podrá sintonizarse con toda normalidad la programación de Madrid y que paulatinamente se irá acomodando la programación local», leyó Paco. Se tomó otra caña y, cuando salió del bar, se dirigió a la cabina a llamar por teléfono:

—¿Mamá? ¿Qué tal estás?

—[...]

—Estupendo, así te quiero ver. Oye, mira, que tengo en el cajón de mi mesita de noche un cuaderno con poesías y anotaciones...

—[...]

—Para que me lo mandes por Seur. Que me llegue mañana por la mañana, que me corre mucha prisa.

Hacia unos años que Paco se dirigió al director de la emisora local de su pueblo para ofrecerle un programa de radio. El director, por algún compromiso que tenía con su padre, lo recibió en su despacho, le dio esperanzas e incluso le hizo leer ante un micrófono el fragmento de un periódico para archivar su voz. «Ya te llamaré la semana que viene», le dijo, mas lo cierto es que cuando pasó un mes de silencio, Paco vio herido su amor propio y éste lo llevó a llenar unos folios con guiones e historias para cuando él, estaba seguro, ocupara tiempo y espacio *hertzianamente* hablando. Había perdido esos papeles, pero afortunadamente un feliz día se le ocurrió copiar en el cuaderno las palabras con las que decidió comenzar su primer espacio en las ondas. Intentó recordarlas, pero la carrerilla se le cortaba a la mitad y no era capaz de llegar al final: «Como sé que algún día tendré mi propio programa de radio, profetizo y escribo estas líneas muchos años antes de hoy, y... ¿y qué?», se lamentó, «¿cómo coños seguía?». Antes de subir a casa, compró una cinta de casete virgen por doscientas pesetas en una cercana tienda de todo a cien y cuando pagó se le vino a la cabeza el símbolo matemático que denota las contradicciones, que son dos flechas de sentidos opuestos encontradas en sus puntas. Le quitó el plástico mientras esperaba al ascensor y, ya en su habitación, con Antonio sin duda disfrutando por ahí de su primer día de cañas, decidió, aunque era la hora del almuerzo, posponerla y dedicarse a escribir, de momento en soporte tan electrónico como volátil, unas ideas y a elegir unas canciones que le sirvieran como guión para grabar en su minicadena lo que sería la maqueta con la que se presentaría en el despacho de Julio Antúnez.

Así que encendió el ordenador, entró en el procesador de textos, pinchó con el ratón en "Crear documento nuevo" y con la pantalla todavía en blanco se puso de pie, con las manos en las caderas y la cabeza a la distancia justa de los compactos para ojearlos con comodidad. Radio Popes y el cupón de la ONCE que, aunque compartido, podía hacerle millonario esa misma noche, inyectaron en Paco la pequeña dosis de ilusión que necesitaba.

«Me estoy cagando», pensó cuando ya tenía en la mano un compacto de ZZ Top. Entonces, aunque podía muy bien aguantar cinco minutos el apretón, prefirió no correr el riesgo y pasar fugazmente por el cuarto de baño.

III

La impaciencia le venció y decidió no esperar a mañana para saber qué es lo que mantenía escrito desde hacía años y que ya hoy quería utilizar. Buscó una forma de convencerse y concluyó que las ideas, como los vinos, mejoran con los años, y con la certeza de que su guión era una botella sin empezar y su cabeza una bodega oscura y fresca, continuó la frase así:

«Como sé que algún día tendré mi propio programa de radio, profetizo y escribo estas líneas muchos años antes de hoy, y os invito a olvidar el problema de Física que tratáis de resolver, a dejar el bolígrafo sobre la mesa y a recostaros sobre el respaldo de vuestra silla. Y a dejaros seducir por el saxo purísimo con que Coleman Hawkins quiere obsequiarnos».

Dejó de escribir, miró hacia arriba y localizó con la mirada el compacto referido. Dio una calada al cigarro que se había traído del váter. A continuación escribió «Aquí va Moonlight, de C.H.». Luego, tras pensar una hora de emisión adecuada, prosiguió así:

«Buenas noches. Son las diez y, aunque resulte ocioso decirlo porque este programa sólo se escucha en Ciudad Real y sus cercanías, las nueve en Canarias. Os diré que, así como la sequía es pertinaz, el guitarrista virtuoso, la repetición hasta la saciedad, el sino, triste, el siniestro siempre total, las formas de las piedras de la Ciudad Encantada caprichosas, mi deseo es que éste sea vuestro

programa», y marcó y subrayó «vuestro» para saber que tendría que enfatizar su pronunciación.

Hizo una breve pausa, la misma que haría en el programa tras leer lo que acababa de escribir. «Aquí haré una breve pausa», pensó, y se le ocurrió añadir, tras «caprichosas», la frase «y la pausa, breve». Situó el cursor en la posición elegida, corrigió y regresó nuevamente al final del texto:

«Os habla Paco López, el hombre de nombre extranjero, y esto que escucháis es *La hora de cenar*, un nuevo programa que Radio Popes lanza al espacio para que algún incauto, como tú que me escuchas, lo sintonice y se quede con nosotros». Estaba indeciso; había pensado el nombre del programa sobre la marcha y no acababa de convencerle, pero pensó que ya habría tiempo de que se le ocurriese uno mejor. Calculó el tiempo de programa que consumiría la lectura de lo que ya llevaba escrito más la duración del tema musical que había colocado: de momento se ajustaba a sus previsiones. Continuó así:

«En este programa escucharéis la música que siempre deseáis encontrar en vuestro camino por el dial, las historias más sugerentes que vosotros mismos escribiréis, las entrevistas más personales a los sujetos menos sospechados... tal vez vengas tú y nos cuentes lo que piensas de la vida, de la política o de la poesía... quizás seas tú quien me acompañe aquí el próximo». Se detuvo; no había pensado en el día de emisión y aquí lo hizo y descartó el viernes porque uno de cada tres se iba a su pueblo, el jueves porque sale de marcha por las noches, el miércoles por ser el día del espectador, y el martes por haber sesión golfa, también en el cine, a partir de las doce. «Está bien lo de la sesión golfa», pensó, «por cuatrocientas ves tu *pelí* y te dan una Pepsi. A ver si voy la semana que viene».

Luego cayó en que a las doce le daba tiempo de sobra para llegar al cine tras acabar el programa, «que aquí en Ciudad Real no hay distancias», y halló que *La hora golfa* sería un buen nombre para su programa. «Pues sí, *La hora golfa* se llamará», y, tal y como antes, ascendió por la pantalla como una salamandra hasta el texto que debía sustituir, y así lo hizo. Releyó todo y se sintió satisfecho. Antes de seguir, encontró que posiblemente los lunes serían el mejor día de emisión, pues los estudiantes acaban de llegar de sus respectivos hogares al frío piso o a la oscura pensión y quizá se vean más necesitados del mimo del calor humano que los restantes días de la semana. Así que, con este día elegido como definitivo, continuó la frase:

«...quizás seas tú quien me acompañe aquí el próximo lunes. Pondremos tu música, tus canciones, nos contarás cómo vives». Tuvo que parar, porque la puerta de la calle se abrió y escuchó cómo Antonio corría por el pasillo hacia su habitación: antes de que la alcanzase, y para evitar que su proyecto fuera descubierto, destapó sobre lo que llevaba escrito una pantalla en blanco de nuevo documento. Pero Antonio no venía con intenciones de cotillear:

—Paco, déjame algo para leer, que me estoy cagando.

—Pues mira, encima de mi mesa hay una novela que me encontré en la estación el día que me vine. Ni la he mirado, pero a lo mejor hasta es buena.

La novela era esta novela, con ellos dos como personajes principales, y Antonio se sentó calmado y a tiempo en la taza, sabedor de que Paco había estado allí mismo muy recientemente. «Podía haber *ventilao*», pensó, y provocó unas corrientes con la mano. Tras mirar sin leer el resumen de la contraportada, la hojeó por encima y abrió por una página al azar. «Qué casualidad», se dijo, «An-

tonio y Paco, que se llaman». Luego, conforme se detenía en la lectura de algunos fragmentos, su sorpresa inicial empezó a transformarse en incredulidad, porque leyó párrafos que contaban situaciones que había vivido junto a Paco el día anterior.

Se pellizcó incluso para ver que no soñaba, al ruborizarse por ver retratado su estado actual: sentado en el váter, primero satisfecho por haber llegado al aseo con el cuerpo dominado hasta el instante crítico, luego sonrojado por descubrir que ese momento tan discreto de su vida ya estaba escrito. Retrocedió unas líneas y se vio llegar corriendo y pedirle a Paco algo para leer. Fue hasta el principio y leyó su llegada al piso, el modo en que aparcó el coche, los cubatas que se tomó con Paco y los momentos en que recordó cómo conoció a Orlando Azcárate. Leyó también el cuento del puente, que hasta entonces creía inédito, y luego, desde su inodoro asiento, siguió a Paco a comprar el cupón que no terminaba en cuatro, la tinta, los folios y vio cómo esquivaba el peso del agua mineral al dejar de comprarla. Leyó que su amigo se hacía una paja, que acababa de estar en el Copito tomando una caña y que le ocultaba la idea de presentarse a Julio Antúnez con una maqueta.

Se limpió con papel y se lavó en el bidé. Cuando, de pie en el lavabo, leyó lo que acababa de hacer, miró hacia el techo y a ambos lados, como si por ahí rondara el autor de estas páginas y le lanzó una mueca malvada. Aturdido, y con un enorme deseo que tuvo que contener de continuar leyendo, dobló el pico de esta hoja y cerró el libro tras leer el final de este párrafo.

Rabioso por descubrir que todos sus actos estaban ya predestinados, pensó: «Pero a ver por qué cojones voy a tener que doblar el pico. Voy a señalar

la página con un trozo de papel higiénico, que eso no está escrito en el puto libro». Pero evidentemente, cuando más tarde retomara la lectura, comprendería que estaba equivocado.

Venció el impulso inicial de entrar corriendo en la habitación de Paco y contarle todo lo que sabía y decirle que era un gilipollas por haber dejado de leer el libro que predice sus vidas. «A lo mejor no las predice y se va escribiendo él solo en tiempo real», e imaginó que una pluma de ave se deslizaba autónoma sobre el papel blanco al mismo ritmo al que avanzaban sus vidas. «A lo mejor es sólo una puta casualidad y el resto del libro ya no se parece en nada», pensó después y, para confirmar esta posibilidad, se metió en su habitación y abrió la novela por la página que tenía marcada: comprobó que ya estaba previsto que la indicase con el papel higiénico y resopló con resignación. Continuó leyendo a gran velocidad, saltándose los textos entrecomillados que hay más arriba y descubrió aquí que el cuponazo volvía, como el día anterior, a terminar en cuatro.

Intentó encontrar una explicación lógica a lo que le estaba pasando, y lo único razonable que se le ocurrió fue que se le estuviera repitiendo algún cuadro alucinógeno provocado alguna vez por una pastilla de LSD o por un *speed*; pero repasó una a una todas las fiestas y todas las borracheras de su vida y recordó que las pocas ocasiones en que había cruzado la barrera del tabaco y del alcohol fueron para fumarse un porro. Nunca se lo planteó, pero ahora deseaba ser bakaladero de los de la ruta de Valencia para ponerse hasta el culo de pirulas y poder creer que alucinaba y que no existían ni Paco, ni Orlando Azcárate, ni su flamante Seat 124 ni este puto libro. Tal vez tuviera ganas de llorar: ni él mismo lo sabía. Se sentía desdichado, marioneta, pelele, y pensó otros sinónimos como guiñol,

muñeco y títere, cuya equivalencia confirmó con un diccionario de sinónimos que utilizaba para escribir sus cuentos. Había más, en total veintiuno, y halló que había por lo menos veintiuna formas de describir su infeliz existencia. «Ojalá y esto dure poco», pensó.

Miró otras entradas en el diccionario de sinónimos: pene, puta, rojo y culo, y la mente se le había evadido un poco cuando lo dejó sobre la cama y, algo más calmado, siguió leyendo la novela. Algo le alegró comprender, gracias a estas líneas, que se hallaba en una situación privilegiada. Podía, si lo deseaba, anticiparse a los actos de Paco, saber cuándo le mentía y cuándo no, cuándo se levantaba, cuándo estudiaba, cuántas pajas se hacía, qué le dolía, qué pensaba; sabía, por otra parte, que Paco ni siquiera había hojeado la novela e intuía que tampoco sospechaba nada acerca del poder potencial que ésta encerraba, pero estas líneas no le confirmaron este extremo, pues aquí el autor dejó sin resolverle si Paco estaba al tanto de todo y fingía no saber nada. Nuevamente dejó de leer en este punto y ni señaló la página ni hostias: «Que sea lo que Dios quiera», pensó. «Bueno, ¿y quién coño ha escrito esto?», se le ocurrió. No se había preocupado de conocer a su biógrafo y no supo qué pensar cuando miró la portada y, bajo el título, en letra más menuda, leyó: por Orlando Azcárate. «Orlando Azcárate, valiente cabrón. ¿Qué te he hecho yo para que me hagas esto...?», preguntó antes de ver la fotografía del escritor en la solapa, cuyos hombros encogidos y su estúpida sonrisa conjugaban un gesto burlesco que Antonio despreció.

—¿Estás hablando solo? —le preguntó Paco desde su habitación.

—¿Eh? No, no —respondió—. Oye, he *estao* esta mañana con Hermilo, Germán, el *Urbas* y todos éstos, y a las diez hemos quedado aquí para hacer un botellón.

—Putra madre. ¿Cuándo se compra?

—Me han dado las pelás. Cien duros hemos puesto cada uno. ¿Nos vamos al Eroski a comprar, que hay oferta de Justerini?

—Venga. ¿Me dejas conducir?

—Bueno.

En el coche, Antonio y Paco fueron pensando en silencio si revelaban al otro sus respectivos secretos. «Es que si se lo digo, se va a cachondear de mí, pero la verdad es que es uno de mis sueños ser locutor de radio. ¿Él a mí me lo contaría...? Seguro que sí», pensaba Paco. «Es increíble», se decía Antonio, «no puede ser que todo esté..., joder, es que no puede estar todo escrito y previsto. Se lo puedo contar, y aunque de momento me diga gilipollas, luego en casa lo ve y ya se convencerá. Ahora bien, el cabrón no ha tenido confianza para contarme lo de la radio. Que se joda».

—Pues sabes, Toni, lo que he estado escribiendo esta tarde... —preguntó Paco.

—¿El qué?

—Un guión para un programa de radio. Es que van a montar aquí una emisora de Radio Popes, con programación local propia y tal, y como a mí siempre me ha gustado mucho ese mundillo... se lo voy a llevar al director de la emisora.

—Muy buena idea —dijo Antonio, molesto por haber pensado mal de su compañero, y arriesgó así—: si te digo la verdad, me he imaginado algo de eso. ¿Y cómo va a ser?

Paco se sorprendió un poco: «¿Cómo que se ha imaginado algo de eso?».

—Pues yo quiero que sea un programa nocturno; los lunes de diez a once, si puede ser. Con música buena, de la que a mí me gusta. También quiero que se lean cuentecillos cortos y que haya alguna entrevista.

—¿Entrevistas, a quién?

—No sé... A gente intrascendente, que no pinte nada. A ti, o a mí, o al Urbas.

—Hombre, gracias por lo de que no pinto nada.

—Ya me entiendes.

—Que sí, hombre. Podría llamarse «La hora de cenar» —aventuró Antonio sobre seguro, consciente del pequeño impacto que provocaría en Paco.

—Joder, qué casualidad —y miró a Antonio, quitando la vista de los coches que se iban parando en un semáforo delante de él—. Ese mismo nombre había pensado yo —ante un gesto de Antonio miró hacia delante y frenó bruscamente, quedándose a escasos centímetros del coche que le precedía. Miró a Antonio con cara de reo arrepentido que pide clemencia—. Pero luego se lo he cambiado. «La hora golfa», le he puesto.

—Mucho mejor.

—¿Lo meto en el *parking*?

—Mejor en la calle.

Lo aparcó en un hueco muy ajustado, justo bajo el cartel que nombra la calle Holanda.

—Anda, que también, llamar a todas las calles del barrio éste con nombres de países europeos... Holanda, Reino Unido, Francia... —opinó Antonio.

—¿Y cómo las vas a llamar? Tú imagínate que eres el tío del *exmo* ayuntamiento que les pone nombre a las calles. ¿Qué ibas a hacer, ponerle a ésta calle del Chopo y a aquélla calle del Río? Es mejor así, porque si tienes que ir a la calle, yo qué sé, Italia, pues ya sabes que cae por este barrio.

—Si ya lo sé, coño. Pero digo, que ya que te lías a poner nombres de países, pues te fijas en Sudamérica, que los tienen mucho más bonitos. Y además, con ellos tenemos muchas más cosas en común que con la puta Europa. Fíjate: Uruguay, Paraguay, Honduras, Guatemala, México. No me digas que no son mucho más sonoros.

—Sí —se convenció Paco tras escuchar el especial tono con que los moduló Antonio—. Nicaragua, Panamá, Argentina, Chile... —y pronunció «Nicaragua» deteniéndose en todas sus consonantes y «Chile» alargando la che—, son más musicales. Llevas razón. A mí, la verdad, los europeos me tocan más o menos los cojones.

IV

Salieron del supermercado del centro comercial con varias bolsas llenas de botellas de Justerini, hielo, refrescos y una litrona para el Urbas. Decidieron gastarse lo poco que les había sobrado en un bar de la parte de tiendas.

—Dos botellines, por favor. Hostia, si yo no he comido —recordó Paco—. Y un pincho de tortilla.

—¿Y entonces, cuándo le vas a llevar a Julio Antúnez la maqueta?

—¡Anda! ¿Por qué sabes tú que se llama Julio Antúnez y que le voy a llevar una maqueta?

Antonio se impresionó un poco porque interpretó que su poder de predicción se le escapaba ligeramente de las manos, pero luego pensó que sería normal que en un principio le ocurriese así, y que lo único que le hacía falta era experiencia para controlarlo.

—Pues no sé... Me lo habrás dicho tú. O me sonaría lo de Julio Antúnez —dejó deliberadamente de responder a lo de la maqueta para ayudar, en la medida de lo posible, a que Paco olvidase el extraño.

—Joder, macho. Hoy me estás adivinando el pensamiento.



A las nueve y media fueron llegando los amigos más cercanos para estrenar los hígados e ir comenzando a sembrar un poco de confusión entre las neuronas. «¿Qué pasa? ¿Qué pasa?», decían todos según iban llegando con voz de

macarra. Hubo abrazos efusivos, palmadas en el hombro, cariñosos puñetazos en el estómago que dejaron sin respiración al Urbas, pares de besos proporcionados a las chicas según iban llegando... A las diez y cuarto ya estaban todos los que se esperaban, y a y dieciséis todos tenían servido, al menos, su primer cubata; todos, menos el Urbas, que prefería disfrutar primero de su litro fresquito de cerveza y dejar lo fuerte para más tarde.

—¿Os habéis dado cuenta de lo buena que está Mónica? —observó el Urbas a los amigos que con él hacían corrillo.

Y era verdad. Si ya era una chica guapa de por sí, Mónica venía hoy con una falda corta de cuadros escoceses, un jersey negro ajustado —«Joder, qué tetas tiene», comentó Antonio— y una chaquetilla de cuero rojo envejecido que se le entallaba en la cintura. Antonio todavía no se había acercado a saludarla y decidió hacerlo en este momento:

—¡Mónica! —dijo semicantando. Se besaron las mejillas mutuamente—. Joder, qué guapa vienes. Ya te podemos poner en la lista con San Pedro, Santiago, la Catedral y la Puerta de Toledo.

—En la lista de qué —preguntó con modestia.

—De monumentos nacionales.

—Muchas gracias, Antonio. Tú también estás muy guapo.

Y también era cierto. Se había puesto una camisa de leñador y un chaquillo negro sobre ésta. Si no fuera por la vergüenza, también se habría puesto un corbata anudada con el doble Wilson para que el nudo se le quedara grueso y saliente, y un sombrero blanco con una franja negra, y se habría cambiado la camisa y el chaleco que llevaba por otra camisa y otro chaleco a juego de un traje, y

habría dejado en el armario las botas de cuero abrillantadas para ponerse unos zapatos de ante marrón con puntera labrada, y habría escamoteado en una pistola bajo la axila un 45 largo; de este modo vestiría como Kevin Costner en «Los intocables de Elliot Ness», o como el abogado de «Homicidio en primer grado», o como el malo en «The cotton club». Ésa era una forma de vestir que él anhelaba, que deseaba que volviera, que quería que no hubiese desaparecido nunca; y creía que la Ley Seca era una norma necesaria para volver al romanticismo de entrar en clubes clandestinos a beber escondidamente protegidos por un matón con cicatriz en la cara, clavel rojo en la solapa y metralleta de cargador redondo. Pero los tiempos habían cambiado, y pensó que a él no le habría gustado que Mónica hubiese venido fumando en una pipa larga, ni que hubiese ocultado sus pestañas bajo unas postizas, ni que trajera un vestido corto de lentejuelas doradas muy escotado y con tirillas de tela por abajo a modo de volantes, ni que hubiese traído un diminuto revólver de una sola bala y pequeño calibre escondido en un ridículo bolsito. Y entonces despertó y volvió a la realidad, convencido de que no eran Bonnie and Clyde, y le dijo a Mónica que no pasaba nada porque no le hubiera dado el pésame a Paco, que era normal que le diera corte, y le dijo que sí, que a la gente le gusta sentirse acompañada cuando se te muere un ser querido, porque parece que diluyes un poco el dolor entre todos los presentes, y uno se reconforta y se llena de orgullo viendo a tanta gente que da el último adiós al difunto y le demuestra su aprecio; pero que de todas formas no se preocupase, porque era normal, y que Paco estaba bien, que lo superaba, que sólo de vez en cuando lo notaba triste, y que su madre es la que peor está, que además a veces se queda sola y que eso debe de ser muy fuerte, y Mónica dijo que sí, que imagí-

nate, acostarte sola en una cama tan grande y saber que tu marido no es que esté viendo la tele en el salón o limpiándose los dientes en el cuarto de baño, sino que se ha ido para siempre y no va a volver jamás.

—Por eso es comprensible que uno, por muy ateo que sea, apele a Dios, o a lo sobrenatural, o llámalo como quieras, cuando te pasa una desgracia como ésa. Es una cosa tan enorme que te lleva a buscar consuelo por ahí arriba. En fin, ley de vida.

—¿Tú es que vas a misa? —preguntó Mónica a Antonio, y éste, que empezaba a notar algo más que simple atracción física por la chica, quiso contestarle de manera que no le pareciese un santo beato ni un completísimo anticristo. Mintió un poco con lo que se le iba ocurriendo sobre la marcha:

—No. En primero o segundo de BUP dejé de ir. Lo que sí hago es rezar de vez en cuando. Pero a misa no voy.

Se callaron un rato y Mónica torció ligeramente la cabeza hacia un lado y la volvió a poner derecha, como diciendo que comprendía. El silencio parecía haberles alcanzado, y tras terminar cada uno su respectivo cubata con un último sorbo, Antonio preguntó:

—¿Y tú? ¿Vas tú a misa?

—No. Hace mucho que no. Yo no llegué a confirmarme.

—Yo tampoco.

Volvieron a callarse. Antonio, viendo que sus vasos tenían sólo hielo, propuso a Mónica acercarse a la mesa para rellenarlos. Cuando lo hicieron, se dirigieron al grupo en el que estaba Paco, y Mónica se acercó a hablar con su amiga Elena. Antonio se quedó ausente, sin escuchar la conversación de fútbol que

mantenían sus amigos. Pensaba en Mónica, en que le gustaba coincidir con ella en no haberse confirmado y en no ir a misa, y pensó que le gustaría ir descubriendo los otros aspectos que, seguro, sin saberlo compartían. Como si del microprocesador de un ordenador se tratase, Antonio recibió de repente una interrupción que le hizo dedicar su actividad cerebral a desear cambiar de música y escuchar el compacto de Paco de Pulp Fiction. Cuando lo puso y comenzó a bailar como John Travolta la canción «You never can tell», pasándose los dedos índice y medio junto a la nariz, todos dirigieron sus miradas hacia él, que dejó de bailar y logró que empezaran a hablar de la película.

—A mí no me gustó nada —dijo Mónica—. Me pareció superdesagradable, con tanto tiro, tanta sangre y tanto muerto.

—Bueno, mujer —le dijo Paco—. Sabes que es una película y que es mentira. O sea, que cuando le pegan el tiro a John Travolta y se desangra, quien muere realmente es un personaje de ficción, no él.

Antonio escuchaba y pensó que él compartía la opinión de Paco, pero luego se convenció de que el cine, al fin y al cabo, es una manera de transportarte a otro lugar, a otro ambiente, y se imaginó a él solo en el centro de una sala oscura rodeado de altavoces, comiendo palomitas y encogido en su asiento para guarecerse de los disparos que veía y oía pasar de un lado a otro. Entonces recordó que él lloró en E.T. y que pasó miedo con Psicosis, y que casi sintió dolor cuando a los acusados de El Crimen de Cuenca les levantaban las uñas y les colgaban de los testículos; y no obstante sabía que lo que veía era mentira, por lo que se encontró con que Paco no tenía razón y que seguro que éste también se emocionó cuando Gabino Diego le dio a Jorge Sanz el billete para que se fuese a París

con Ariadna Gil, y que también concluyó que Rick no era duro, sino noble o quizás tonto, cuando eligió quedarse en Casablanca y dejar que su amor escapara en el avión de Lisboa con Victor Laszlo, y que claro que Paco también pensaba que aquél «era el comienzo de una gran amistad». Y pensó entonces que esos mundos con esas historias maravillosas eran mentira, eran ficción, igual que Don Quijote y Sancho y la aldeíta de Macondo; igual que Orlando Azcárate y, dedujo horrorizado, igual que él.

V

Mónica se le acercó. «¿En qué piensas?», le dijo. «En nada», contestó, «escucho a éstos». Pero Antonio en verdad sentía miedo, mucho miedo; miedo por saber que sus actos dependían de lo que a Orlando Azcárate se le pudiese ir atravesando: que un día se hartase de él y decidiese matarlo de un plumazo, simplemente escribiendo «Y Antonio murió»; o de que condujera su vida hacia cauces peligrosos, o de que le convirtiese en drogadicto, o en suicida, o en asesino, o en vagabundo, o en huérfano. Deseó huir de allí, matar a Orlando Azcárate, llorar, contárselo a Mónica. Ésta, que también estudiaba Teleco, pero un curso menos que Antonio, le pidió los apuntes de Materiales.

—Sí que los tengo. Si la hubiera aprobado te los daría; pero el cabroncete me ha vuelto a tirar.

—Anda, yo creía que te la habías quitado ahora en setiembre.

—Qué va. Es la única que he suspendido de las cuatro que me quedaron.

—Pues un día me paso por aquí y me los llevo a fotocopiar.

—Hoy mismo. Luego, cuando nos vayamos, te los llevas.

—Pero no voy a ir tirando de ellos toda la noche.

—Ya —y aquí vio Antonio una oportunidad—, pero nos vamos en el coche y los dejas dentro. Y luego, cuando te vayas a tu casa, te acerco y te los subes.

—Estupendo. Muchas gracias. Eres un solete, Antonio.

—Y si quieres también, pues algunos días quedamos para estudiar juntos, o para que te explique Materiales, que, aunque he suspendido, me la sé de memoria. O para estudiar otra cosa, o para lo que sea.

—¿Para ir al cine? —preguntó ella, y Antonio olvidó su problema y se llenó de emoción.

—Para ir al cine.

Brindaron para sellar sus pactos y ella propuso ir el martes a la sesión golfa para ver «Un paseo por las nubes». «Vale», le dijo Antonio, y luego pensó que quizás sería demasiado pastelón y que él prefería ver «El día de la Bestia», pero lo guardó en secreto para no displacerla. Deseó salir ya a la calle para enseñarle los apuntes a Mónica y que montase en su coche, y que viera que es un conductor muy prudente, y darle tiempo para que ella le conociera mejor y se enamorara de él, como él ya estaba de ella. Miró a la mesa de las bebidas para ver el rato que todavía les quedaba allí, y por una función matemática que convierte los decilitros de whisky en unidades de tiempo dedujo que sólo un culo en una botella no representaba más de un cuarto de hora.

Y así fue, porque enseguida Hermilo repartió entre él y el Urbas el poco alcohol que quedaba. Diez minutos después acordaron dirigirse a seguir bebiendo en el Torreón, y entonces Mónica le dijo a Antonio «¿Me das eso?», y él le dijo «Ven», y los dos fueron a su cuarto. Antonio se alegró de no haber tenido tiempo de colgar el póster de Claudia Schiffer en su pared y de que éste permaneciese enrollado encima de un armario. Buscó la carpeta rotulada «Tecnología de Materiales Electrónicos» con los apuntes del curso anterior y, aunque no era necesario, se sentaron en la cama para que Antonio le explicase a Mónica cómo

estaban distribuidos, qué era lo más importante y señalarle que al final tenía resúmenes y ejercicios resueltos de todos los temas. Cerraron la carpeta entre los dos y se rozaron las manos durante un instante cuya duración ambos ampliaron a propósito. Permanecieron sentados todavía unos segundos y los dos desearon cogerse las manos y darse un beso; pero él no se atrevió y ella no lo intentó. Ninguno quiso levantarse cuando lo hicieron. Desearon que los demás se fueran para quedarse ellos solos, pero tampoco se arriesgaron a decírselo.

En los bares, Antonio y Mónica estuvieron juntos, pero no solos, casi todo el rato. Cuando se acordaba, él oteaba a su alrededor, buscando con la mirada a Orlando Azcárate. «Es joven, tiene que haber salido y estar por aquí», pensaba. Mónica le había hecho olvidarse de su miedo, pero no de estar pendiente, y lo que él más quería era llegar a casa para avanzar en la lectura del libro hasta el final de la noche y ver lo que Mónica pensaba de él. «Si es que lo pone», pensó, «que igual el gilipollas del Orlando ha dedicado el capítulo a hablar de Paco». Luego se retractó: «No voy a decir que es un gilipollas, que se puede cabrear y borrarne». Más tarde se convenció de que él, al fin y al cabo, diría lo que Orlando quisiera: «Así que qué más da».

Paco, mientras tanto, comprendió que a Antonio realmente le gustaba Mónica, y deseó francamente que ella también le quisiese a él. Se alegró con el pensamiento de que ambos se hiciesen novios. Quería lo mejor para su mejor amigo.

Continuaron bebiendo, pidiendo por la ventana del bar que daba a la calle minis de whisky con Coca-Cola para los más audaces, y de tinto de verano para los menos. Los más sobrios aprovecharon el puntito que llevaban para hacer reír a los demás mostrando sus habilidades: Urbas dominaba el arte de las sombras

chinescas; Mónica era capaz de mover los ojos hacia extremos opuestos y hacerlos girar sin que en ningún momento coincidiesen mirando al mismo punto; Antonio, además de mover las orejas, imitaba más de treinta voces diferentes; Hermilo conocía tres o cuatro juegos de cartas y siempre llevaba con él una baraja. Éste fue el primero en arrancar las risas, engañando al Urbas y haciéndole elegir una carta, mostrarla a todos los presentes, devolvérsela al mago, guardar éste el mazo en el bolsillo de su pantalón y sacar luego la carta elegida del bolsillo de la camisa. Urbas le devolvió su afrenta realizando una composición con los dedos que le llevó cierto tiempo, pero en cuya sombra podía adivinarse, aunque muy levemente porque la luz llegaba difuminada, el rostro de Hermilo. Mónica hizo que se concentrase la atención en ella rogando insistentemente silencio para, una vez conseguido, dirigirse a todos con una frase sin sentido, pero con un ojo mirando a la derecha y el otro a la izquierda.

—Pasa el mini, Hermilo, que huele a muñón —le pidió Antonio un rato después y, cuando se lo entregó y bebió, le preguntó—: Por cierto, ¿dónde tienes el piso este año, que vayamos alguna noche a jugarnos los cuartos al Monopoly?

—Pues a tomar por culo de la Facultad: en Perú, 1, esquina a la calle Argentina. ¿Sabes dónde?

—No —dijo Antonio, golpeado por el pensamiento de que todo aquello era un sueño o una confabulación, pues recordaba su conversación con Paco de unas horas antes.

—Orilla del Recinto Ferial. Argentina es la que pasa por detrás del Auditorio, y Perú una perpendicular —explicó Hermilo—. Tenemos un bar abajo que ya

nos hemos hecho coleguitas del camarero, y por veinte papeles al mes que pagamos cada uno, nos vale la pena.

Antonio no escuchó la explicación. Buceaba ya en un submundo que creía imposible. «¿Lo sabrán todo, estos tíos?», se preguntó, «¿serán todos putos cómplices de Orlando? ¿Estarán aquí para volverme loco?», y lanzó a Hermilo una involuntaria mirada retadora que sorprendió a éste.

—Anda, dame el cubalítro y no me pongas esa cara, macho, que parece que te moleste que me salga tan barato —contestó el aludido, y acabó casi de un sorbo el casi medio mini de combinado que Antonio le pasó mecánicamente—. Gastos comunes incluidos, calefacción central y portera cuarentona que está buena. Te lo digo *pa* que te joda más —y alzó el vaso para meterse un hielo en la boca.

VI

Justo cuando el cielo empezó a resquebrajarse para dejar caer las primeras lluvias en varios meses y cuando la gente que abarrotaba la calle se acercó a los edificios para protegerse bajo los toldos y las cornisas, muchos bares comenzaron a apagar las luces y a bajar la música para hacer saber a sus clientes que pasaba ya un rato de las tres y que, de acuerdo con la ordenanza municipal, debían haber cerrado ya sus puertas.

A Paco le gustaba el español doblado de las películas americanas y, así, insultaba en ocasiones diciendo «bastardo», y ahora propuso cruzarse al *disco-pub* a tomar «el penúltimo trago». Todos, salvo Mónica y Antonio —que no contestó, esperando la respuesta de su amiga—, se mostraron conformes con la idea.

—Nosotros nos vamos, que voy a llevarla a su casa —dijo Antonio a Paco, acercándose a su oído.

—Suerte —le contestó sonriente, y le apretó el brazo por encima del codo.

Se despidieron de todos y se dirigieron hacia el coche. La lluvia era buena para el campo y para el pantano: si siguiera tal y como estaba cayendo durante varios días, sin duda se terminarían las restricciones. Y también era buena para Antonio y Mónica, que no habían llevado paraguas. Mónica encontró una buena coartada para caminar pegadita a Antonio, forzándole a acercarse a las paredes para que los edificios les hicieran de techo. Cuando doblaban una esquina y

cambiaba el sentido de la lluvia, Mónica intentaba guarecerse cogiéndose del brazo de Antonio, que decidió por fin protegerla abriendo y elevando una mitad de su anorak para que la cabeza de Mónica quedase cubierta y dejando una mano ahí para que no se bajase. Avanzaron así unos pasos y Mónica deslizó su brazo izquierdo, bajo el impermeable, hasta el lado que más lejos le quedaba de la cintura de Antonio, que por fin se atrevió a hacerle saber que estaba allí con ella, pues bajó la mano que sujetaba el anorak, pero todavía por encima de éste, hasta el cuello, y la mantuvo ahí sin hacer presión, dejando que las yemas de sus dedos largos rozaran con cada paso el pelo humedecido de Mónica. Continuaron andando en silencio, ella disfrutando de ese primer contacto físico, comparando el calor que Antonio desprendía con el agua fría que se empeñaba en mojarles, y él dando a su mano la libertad suficiente para dejarla avanzar y tocar la mejilla mojada de Mónica con el dorso de sus dedos y permitiéndoles dar pequeños pellizcos. Ni él ni ella dijeron nada, pero ambos advirtieron cómo el corazón les botaba en la caja. Escampó, y Antonio volvió a colocarse el anorak en su posición original. Mónica retiró la mano al percibir este gesto, pensando que tendrían que volver a caminar separados, pero Antonio volvió la suya al cuello de Mónica, queriendo secarle el pelo con suaves tirones que la estimularon, y ella también colocó nuevamente su mano en la cintura de él. Entre intervalos de diálogos en los que no se atrevían a decir lo que querían y de silencios muy significativos llegaron a la explanada sin iluminar en la que habían dejado el coche. Según se acercaban, Antonio fue dudando si debía abrir primero su puerta y, desde dentro, subir el seguro de la del copiloto, o meter primero la llave en la de Mónica, abrirle su puerta y cerrársela cuando se hubiese acomodado en el sillón; él quería hacer esto últi-

mo, pero pensó que posiblemente era un signo de educación antiguo, extemporáneo, que muy bien le habría servido si hubiera ido con su traje, su sombrero y su chaleco, si su automóvil no fuera un cascado Seat 124, sino un flamante Ford vestusto con faros redondos, pescantes laterales para ametrallar desde ellos a los miembros de la banda contraria, llantas radiales cromadas en plata, ruedas blancas y la de repuesto sobre el guardabarros delantero cubierta con una funda de lona. «Qué putada de época», pensó, pero luego recordó que si Faroni «razonó que la levita había pasado de moda, pero no así el anacronismo» y al final se la puso, aquella noche lluviosa del último trimestre de 1995 muy bien podía ser la víspera del jueves negro de 1929 y, esa pequeña capital española, la ciudad de Chicago. «Todo es cuestión de imaginación, como yo». Entonces, cuando ya la cabeza parecía que iba a comenzar a echarle humo de tantos engranajes que había unido para encontrar una excusa, la lluvia reapareció fuertemente y Antonio pensó que ésta era sin duda un tupido velo que corrió Orlando Azcárate para no tener que seguir describiendo sus ridículos pensamientos. Se cogieron de la mano y corrieron, sin pensarlo un instante, a la puerta de Mónica, y Antonio la abrió, dejó que pasara, que se acomodara, la cerró, se empapó, metió el pie en el charco formado por una alcantarilla atascada, se cagó en la puta porque el agua se le filtró hasta el calcetín y, finalmente, entró sin más vicisitudes en el coche.

Arrancaron. Al llegar al portal de Mónica, Antonio, como la lluvia, se detuvo. Se miraron. «Bueno», dijeron con un fondo de tristeza porque aquello se acababa. «¿Me alcanzas los apuntes?», dijo ella. Él estiró el brazo hasta la bandeja trasera y le dio la carpeta. Ella abrió y salió, y él, creyéndose una recta paralela, la imitó. Mónica sacó su llave y se subió al escaloncillo de su portal, de tal forma que

quedaban así a idénticas alturas. Antonio le cogió las manos y se armó de valor: «¿Quieres salir conmigo?», le preguntó. Ella se las apretó y tardó en responder: «Buff, creí que no me lo ibas a decir nunca». Se tomó otra pausa. «Claro que sí», añadió. Entonces, Antonio abandonó las manos de Mónica y la abrazó pasándole los brazos tras el cuello, y ella hizo lo mismo cogiéndole de la cintura y apoyando su cabeza, de lado, en el pecho de él. Hicieron fuerza, valorando sus cuerpos. Mónica percibió los fuertes latidos que movían el tórax de Antonio y se llenó de sentimientos de alborozo. Giró la cabeza y le dio un beso a través del bolsillo de la camisa que quiso que le llegara a ese corazón tan bonito. Él la besó en el pelo, y después intercambiaron sin pactarlo las posiciones de las manos para prepararse para el paso siguiente: ella miró hacia arriba y se besaron en los labios durante un segundo. «Llevaba mucho tiempo esperando este momento», dijo Antonio. Mónica lo apretó aún más. «Yo también. Qué pena de tiempo perdido», le dijo, y le besó. «¿Vas a ir a clase mañana?», le preguntó Mónica. «No», dijo Antonio, «me quedaré durmiendo hasta tarde. Pero, si quieres, nos vemos a la una en la cantina de la Escuela». «Vale». Mónica se fue para dentro sin dejar de tocar la mano de Antonio, con la cabeza vuelta hacia atrás y un brillo de felicidad en los ojos. La volvió a poner derecha un instante después de que la distancia que les separaba les obligara a perder el contacto de sus dedos.

Antonio se fue para casa con la plenitud del enamorado que ha recién logrado su objetivo fundamental. Sacó de la guantera una de las dos cintas con *rocknroles* seleccionados por él mismo desde hacía años. Subió el volumen a tope y aparcó cerca de su casa acompañando con su voz a los viejos Leño e intentando lograr el mismo deje entre ronco y aguardentoso que su vocalista:

No pienses que estoy muy triste

Si no me ves sonreír

Es simplemente despiste

Maneras de vivir

Subió en el ascensor cantando y bailando frente al espejo la continuidad de la canción, y llegó a la casa vacía con el único deseo de tomar esta novela entre las manos y conocer de primera mano los auténticos sentimientos de Mónica. Le alegró saber que en verdad eran recíprocos, y descubrió con entusiasmo que Paco le consideraba, como también él, su mejor amigo. Recordó, cuando leyó cómo se despedía de Mónica, que había quedado a la una con ella, y para asegurar su llegada a la cita programó un despertador para las doce y media que imitaba a un gallo gritando «kikirikí» y que anunciaba a continuación la hora en un castellano cibernético con voz femenina, repitiéndolo todo cada dos minutos si no se lo neutralizaba moviendo un interruptor de difícil acceso. Retomó el libro y huyó de la tentación de continuar leyendo para saber qué pasaría en los días sucesivos, o incluso leer hasta el final para ver si éste era feliz o infeliz, si moría o dejaba los estudios, si pasaba tal o cual o qué coño. Pero prefirió quedarse con la intriga y tumbado boca arriba en la cama, con la ventana abierta y la habitación iluminada únicamente por la luz del flexo, que abría canales en el aire por los que circulaban las motas de polvo y los arabescos del humo de su cigarro.

A las seis, segundos después de haber perdido la conciencia por el sueño, volvió a recuperarla momentáneamente al oír cómo Paco llegaba chocándose con las paredes, silbando y riéndose. «Vaya castaña se ha cogido», pensó, y retomó el hilo de su letargo.

VII

A las nueve en punto lo despertó el zumbido insistente del timbre, que localizó durante un buen rato dentro de algún sueño. Cuando entendió que era tan real como su incierta existencia, se incorporó y fue hasta la puerta.

—¿Francisco López?

—Está acostado —contestó Antonio sin reconocer a su interlocutor.

—Es igual. Le traigo este paquete. ¿Me firma? ...Aquí —el hombre le señaló un recuadro con el bolígrafo y Antonio echó una firma que no era la suya en un lugar equivocado—. Hale, que descanse.

«Anda, que mandarle la madre el puto paquete por Seur 10, tiene cojones». Lo lanzó sobre el cuerpo arropado de Paco. Sonó como «chof», pero no se inmutó. Miró el reloj, bebió agua y se tomó una aspirina para aliviar el dolor de cabeza y un vaso de leche para evitar la úlcera. Se lamentó de su estado cuando volvió a la cama.



Paco despertó algo después de que Antonio saliese, con el entendimiento deshidratado y la horrible sensación de estar perdido en el desierto sin más oasis que los alucinados en los espejismos. Regresó a este mundo de papel abriendo la boca bajo el chorro de la ducha. Se hizo un café que consideró imprescindible para la tarea que se disponía a llevar a cabo y, así, lo puso junto al monitor de su ordenador, lo encendió, y abrió el documento que albergaba su guión. Pero esta-

ba nulo de ideas, sintiendo cómo la resaca le reventaba las junturas de los huesos del cráneo, y cerró el procesador de textos para pasar hora y media matando marcianos: cd juegos, cd marci, marci.



Mónica durmió sólo seis horas y se despertó seminueva, sin resaca porque apenas había bebido; tan sólo un poco cansada porque lo suyo eran siete u ocho horas de sueño, no más. Se levantó antes de que sonara el despertador porque, al meterse en la cama para dormir, dejó pendiente el deseo de no llegar tarde a su cita con Antonio, y este deseo la mantuvo toda la noche en la línea límite que, si en otros contextos separa lo bueno de lo malo, lo legal de lo ilegal, lo normal de lo excesivo, en éste confundía el sueño ligero con la relajación profunda.

Se duchó feliz, dejando que el agua le escurriera por el cuerpo como si fueran las manos de Antonio, aún casi desconocidas, las que le acariciaban sus curvas. También pensó en ellas después, cuando se desenredó el pelo con crema suavizante y los dedos se le quedaban trabados en los bucles. Y cuando se secó los muslos y el vientre con aquella toalla tan suave. Después, frente al armario de su habitación, tardó más de lo corriente en elegir su atuendo y se decantó por unos vaqueros añejos, raídos en las costuras, con el color medio perdido en las nalgas, ajustaditos, y un jersey gris y una chupa marrón de pana con borreguillo. Cogió su carpeta por la costumbre de llegar a la Escuela con algo bajo el brazo y por si se le cruzaban los cables y decidía ir a clase. Se metió en el bolsillo un pañuelito de tela blanca con una flor rosa de tallo verde bordada en un esquina, y desechó el paquete con nueve pañuelos de papel que un día, por imperiosa ne-

cesidad, compró a un vendedor mientras cruzaba un semáforo. Ya casi nadie usaba pañuelos de tela y supuso que esto agradaría a Antonio, pues sabía que él los llevaba, que a veces se compraba librillos de papel de fumar y tabaco de liar, que escuchaba emisoras extranjeras de onda corta para soñar que el régimen político le mantenía aislado del mundo y que sus locutores emitían desde muy lejos para mostrar en su lengua, foránea e incomprensible, el afecto y solidaridad del exterior para con España; que en el coche llevaba una gorra de lobo de mar para conducir y otra de dueño de finca que se ponía para salir al campo, que le gustaban las canciones de la tuna y los boleros de Los Panchos, que se compraría un Seat 1500 con el cambio de marchas junto al volante antes que un coche japonés con aire acondicionado, *airbag* de serie y embrague automático... Y es que era verdad que también Mónica deseó mucho tiempo que Antonio le pidiera compartir sus días, y durante ese largo lapso ella lo había observado como a escondidas, sufriendo a veces por no verlo con ella, añorando prolongar en lo oscuro los besos de bienvenida, soñando con transformar los toques de amistad en el hombro en caricias amorosas por todo el cuerpo, con cambiar las veladas nocturnas de alcohol y fiesta en grupo por privadas noches de amor y descanso. Y por eso conocía a Antonio mejor que otras personas que lo habían tratado más y se lo había aprendido como si de una asignatura se tratase, de manera que, de tanto estudiarlo, aprendió sus gustos y sus costumbres y acabó por compartirlos y adoptarlos como propios, de forma tal que también Mónica prefería ya el 124 de Antonio con sus cinco pegatinas de la ITV puestas en línea, franja quitasol sobre el parabrisas y radiocasete que solamente cogía la onda media, al moderno Fiat Uno turbo negro de cristales tintados, equipo musical de sesenta vatios por canal

y treinta presintonías, llantas de aluminio y ordenador de a bordo del novio que tuvo durante su primer año de carrera; prefería la cara sin afeitarse de Antonio con olor a colonia a granel, al rostro perfectamente suave y apurado de aquel imbécil que sólo pensaba en exhibirla y en follar con ella, que además destacaba por el tufo a dosis elevadas de loción postafeitado de una marca carísima; prefería pasarlas putas y decirle a Antonio «Hoy me tienes que invitar tú, que no tengo un duro», y que éste se viera en las mismas y tuvieran que quedarse en casa, a verse forzada a ahorrar porque el otro no dejaba que ella pagara en ningún sitio; prefería hacer el amor con Antonio y quedarse un rato largo abrazada a él, a simplemente echar uno o dos polvos con el otro tipo y volverse enseguida a los locales de marcha.

Contenta por su circunstancia y deseando que así se encontrara Antonio, abandonó su piso con el convencimiento de ser la mujer más afortunada del mundo.



Mientras comía, como tantas veces, frituras industriales precongeladas, Paco se dispuso a rellenar las casillas de unos papeles en cada uno de los cuales había dibujado una cuadrícula. En él escribiría un texto con un mensaje oculto. Lo leería en el programa de radio y anunciaría su publicación en alguno de los diarios locales uno o dos días después. Con esto pretendía que sus posibles oyentes comprasen el periódico, leyesen su recuadro y, al verse incapaces de resolverlo, se engancharan al programa para escuchar las pistas que él pudiera ir dando y que ayudarían a su solución. Habría un premio al final: una caja de compactos, entradas para algún concierto o algo así. Cuando terminaba la última

mandarina todavía no había conseguido hilar cuatro líneas con sentido, y además había inutilizado con tachones los cuatro folios que había cuadriculado. Para evitar este gasto de papel, pues tenía cierta conciencia más ecológica que ecologista, y además trabajar más cómodamente, completó en su ordenador al final de la tarde, ayudado con una vaso de leche chocolateada y el estímulo de la nicotina, su particular pasatiempo, que no era otro sino éste:

H	a	y		e	n		e	s	t	e		t	e	x	t	o		q	u	e		m	i-
r	a	s		u	n		e	n	i	g	m	a		e	s	c	o	n	d	i	d	o	.
V	o	y		a		p	r	o	p	o	n	e	r	t	e		e	l		r	e	t	o
d	e		u	n		a	u	t	é	n	t	i	c	o		d	e	t	e	c	t	i	-
v	e	.		N	o		t	e		d	e	s	a	n	i	m	e	s		p	o	r	-
q	u	e		f	a	l	l	e	s		o		t	e		s	e	a		b	a	s	-
t	a	n	t	e		c	r	u	d	o		e	n	c	o	n	t	r	a	r	l	o	.
T	e		c	o	n	g	r	a	t	u	l	a	r	á	s		c	u	a	n	d	o	,
q	u	i	z	á	s		s	ó	l	o		t	ú	y		t	u		m	e	n	-	
t	e		a	p	t	a	,		s	e	á	i	s		d	e		l	o	s		p	o-
c	o	s		q	u	e		o	b	t	i	e	n	e	n		l	a		r	e	s	-
p	u	e	s	t	a		p	r	e	c	i	s	a		y		v	e	r	d	a	d	e-
r	a	.		Q	u	e		h	a	y		c	o	l	u	m	n	a	s		c	o	n
f	i	l	a	s		q	u	e		h	e		o	r	d	e	n	a	d	o		d	e
m	a	n	e	r	a		i	d	ó	n	e	a		e	s		u	n	a		b	u	e-
n	a		p	i	s	t	a	.		S	ó	l	o		s	i		t	e		f	i	-
j	a	s		e	n		e	s	t	a		e	s	p	e	c	i	a	l		d	i	s-
p	o	s	i	c	i	ó	n		d	e		l	o	s		c	a	r	a	c	t	e	-
r	e	s		p	o	d	r	á	s		h	a	l	l	a	r		l	a		s	o	-
l	u	c	i	ó	n	.		P	e	r	o		m	i	r	a	,		o	b	s	e	r-
v	o		q	u	e		r	e	s	u	l	t	a	s		u	n		i	n	e	p	-
t	o		p	a	r	a		h	a	l	l	a	r		e	l		t	o	m	a	t	e.
C	o	g	e	,		l	l	a	m	a		a		t	o	d	o	s		y		d	i:
i	A	y	u	d	a	d	m	e		a		s	o	l	u	c	i	o	n	a	r	l	o!

Respiró tranquilo y apoyado en el respaldo cuando completó el acertijo, echado para atrás, despeinado, viendo su escote imberbe reflejado en una porción oscura del monitor. Por si se iba la luz y para evitar en lo posible que su trabajo se borrara o desapareciera del disco duro por algún birlibirloque pulsó dos veces en el botón de «Grabar» y lo sacó por la impresora. Lo contempló con cierto orgullo, pensando que tal vez su futuro no estuviera en la Filosofía cuya licenciatura trataba de alcanzar, sino en el diseño y construcción de pasatiempos, enig-

mas, dameros, crucigramas, jeroglíficos, sopas de letras. Él podría perfectamente ser un nuevo Ocón de Oro aún por descubrir, un hombre que en el futuro tal vez viviría sin horario, como Antonio si llegara a ser un gran escritor, dedicando tan sólo tres horas al día a construir un nuevo juego que al día siguiente aparecería en un periódico importante de tirada nacional; quizá hubiera quien diariamente comprara el periódico sólo para ver su recuadro y comerse la cabeza con sus cábalas.

Estuvo perdido unos instantes con estos pensamientos, imaginándose ya en su pequeña buhardilla de la madrileña Plaza Mayor haciendo combinaciones para cuadrar su entrega diaria, y luego, de vuelta al presente, calculó que ya tenía material suficiente para llenar los primeros cuarenta y cinco minutos de su hora. Le gustaría completar el cuarto restante con una entrevista, y decidió entonces decantarse por algo que le había rondado la cabeza pero que no llegó a convencerle en aquel momento: aprovechar las dotes de ventriloquia de Antonio para simular una entrevista a alguien de interés. «A ver si viene», pensó, «grabamos la entrevista y el lunes se la llevo a Antúnez».



Acababa de entrar plenamente la noche a iluminar la ciudad con su luz artificial cuando Antonio y Mónica llegaron al piso para merendar algo, ver un poco la tele y esperar una hora adecuada para salir de bares. Compartieron una barra de chorizo y unas rebanadas de un pan moreno, que habían subido Antonio y Mónica por si el viena se había terminado, con Paco y, aunque no le confesaron su reciente relación, éste sí quiso, impulsado por la impaciencia, proponer a Antonio, delante de Mónica, que se hiciese pasar por el Alcalde, o el Rector, o por un

abuelo ex combatiente de nuestra horrenda Guerra. Mónica consideró esta opción la más interesante y, aunque inicialmente los dos chicos discutieron sólo las otras dos, Antonio cambió de opinión de inmediato y lanzó a Paco un guiño cómplice que le hizo comprender, alegrarse por su amigo y acceder a la pretensión femenina.

Tardaron sesenta minutos en grabar los quince que necesitaban: a veces porque les daba la risa, otras porque se callaban plasmando un silencio muy prolongado que no quedaba bien. Después dejaron solo a Paco para que hiciera el montaje de los varios fragmentos que tenía dispersos en las cuatro caras de dos cintas y que los fundiera en una sola que ya les enseñaría. Antonio y Mónica salieron a pasear; tenían muchas cosas que contarse: en qué trabajaban sus padres, cuántos hermanos tenían, en qué colegios habían estudiado... Tras disipar algunas de estas dudas en la mesa de un bar, salieron juntos hacia calles oscuras y apartadas, estrechas, con farolas naranjas apagadas de forma alternativa que se reflejaban en el asfalto húmedo, y en una esquina Antonio no pudo aguantar más y avanzó un paso rápido hacia delante, se dio media vuelta y abrazó y besó a Mónica en su boca dulce y rosada. Ella también quería, doce horas hacía que esperaba ese momento, y respondió a Antonio con el mismo ímpetu con que él había comenzado.

Antonio siempre había pensado que los besos así son como las pipas, o los pistachos, o los cacahuetes, que uno empieza, se lía y no puede parar. Y así ocurrió, porque ni la lluvia chispeante que empezó a mojarles bastó para que se interrumpieran. Únicamente Antonio a veces se detenía para concentrar todas sus fuerzas en un abrazo y volvía enseguida a aferrarse al camino de los labios.

Mónica acariciaba a Antonio bajo la camiseta, tocando su carne fibrosa, y él, con cierto miedo por si ella lo consideraba precipitado, le fijó una mano inmóvil en un bolsillo trasero del pantalón, que empezó a mover al cabo de unos segundos.

Aunque era lo que más deseaba, Antonio huyó del riesgo de pecar de prematuro y defraudar a Mónica si movía las manos más arriba o más abajo de su cintura. Volvió a abrazarla fuertemente, sin querer que Mónica comprobase que el corazón no es el único órgano capaz de demostrar el amor y el deseo. Pero Mónica, que tampoco lo buscó, se encontró con ello, o con él, pero no se defraudó, sino todo lo contrario, y permaneció ahí, tocando con las manos la espalda y la cabeza de Antonio de manera imposible, sin separarse de él, estremeciéndose ambos por una especie de danza del vientre que hacía Mónica y que les estimulaba para que ambos se moviesen rítmicamente y a la vez. Él se mostró inicialmente lento y sorprendido, pero rápidamente reaccionó y llevó las manos a los lugares que un momento antes había temido, y luego la acercó hacia sí con más fuerza.

Cuando no podían aguantar más en esta situación, cuando necesitaban arrojar lejos los pantalones y las chupas, se cogieron de la mano y con besos frecuentes llegaron al piso de Antonio. Éste miró a la ventana del salón por si Paco se había ya acostado. Aunque se veía luz, optaron por subir y retozar en silencio antes que continuar a disgusto en plena calle o coger el coche para ir a alguna era de las afueras que tendrían que buscar. Saludaron a Paco, que había completado ya su grabación. Entendiendo que no era el frío ni la lluvia lo que les había llevado hasta allí, ni siquiera les propuso escuchar su cinta recién montada. Entraron juntos a la habitación como un torrente, con la penumbra que producía la lám-

para de la mesita de noche tapada con un jersey. Se despojaron de lo que les estorbaba y continuaron, dando tiempo a Paco para acostarse y comenzar a soñar.

VIII

Y Paco durmió mal porque soñó varias veces que no se podía dormir y otras tantas que Julio Antúnez salía persiguiéndole por la calle arrojándole cintas con copias de sus programas, gritándole, y Paco veía su portal al fondo de la calle, pero no llegaba nunca a él, pareciéndole que corría en una cinta transportadora, del estilo de las que sirven para entrenar en los gimnasios, que le impedía avanzar. A pesar de esto, se levantó temprano porque ya había perdido dos mañanas en esa semana y le parecía excesivo quedarse durmiendo una tercera.

La puerta de la habitación de Antonio permanecía cerrada, por lo que Paco interpretó que Mónica continuaba acompañando a Antonio, pues siempre éste la dejaba abierta para dormir. Estuvo a punto de abrirla un poco y de asomarse a la habitación para comprobarlo, pero se alejó de allí cuando escuchó la voz de la chica intentando despertar a su amante. Se metió en la ducha y salió del cuarto de baño afeitado y perfumado, y luego lustró sus zapatos y se puso vaqueros y camisa limpios, e hizo ante un espejo un desplante de torero y dijo «¡Eh!», para convencerse de que estaba esplendoroso. Completamente acicalado pasó nuevamente frente al dormitorio de su amigo y oyó que Mónica y Antonio estaban ya hablando. «¡Chicos!», les chistó a través de la madera, «no vayáis a desayunar, que voy a por churros y a comprar el periódico». «Vale», contestó Antonio, y luego dijo a Mónica, esperando que Orlando lo transcribiese: «Un tío de puta madre, el Paco».

Durante la casi media hora que tardó Paco en regresar con docena y media de churros (seis para cada uno y la porra para él), Antonio y Mónica tuvieron tiempo de ducharse juntos y hacer el amor en ese entorno vaporoso. Empezaron de pie y Antonio se quemó la espalda por un mal golpe al grifo monomando, pero enseguida lo volvieron a la posición original y terminaron en el suelo para no llevarse sorpresas. Cuando Paco llegó, la cafetera que habían puesto al fuego Antonio y Mónica bullía, anunciando que el café había terminado de salir. Se sentían un poco cortados, pero Paco se encargó de quitar leña del fuego comentando que venían calentitos y mencionando un par de películas de cuatro estrellas anunciadas en el periódico que ponían en la tele después de comer.

La mañana transcurrió sin otra cosa digna de contarse, si es que acaso lo fueron las mencionadas más arriba. Por la tarde, después de comer, cuando Mónica ya se había retirado a su casa a tranquilizar a sus compañeras, que estarían preocupadas o sorprendidas por su tardanza, Paco se quedó *respanchingado* en el sofá del salón viendo «El bueno, el feo y el malo» y Antonio se tumbó de costado en su cama, sujetándose la cabeza con una mano, este libro abierto sobre el edredón y un cenicero a su orilla. Se excitó un poco al recordar, por la lectura de las páginas anteriores, la noche y la mañana magníficas que había vivido con Mónica, y creyó que Orlando había dado una muestra de cortesía al limitarse a sólo mencionar sus mutuos coqueteos y caricias y al describir muy someramente la forma en que esa mañana habían disfrutado en el cuarto de baño. Después leyó, en ésta y en las siguientes líneas, que él mismo sufría la molestia de un incómodo dolor de espalda; pero alegróse al comprobar que no lo tenía, que eso sí que era una gratificante equivocación de Orlando, que él estaba perfectamente

sano, y leyó aquí que divagaba, y efectivamente lo hizo, pensando que ojalá todo fuera una puta-putísima casualidad, que Orlando escribió en la primera página «Libertad, 19» como muy bien podía haber puesto «Plaza Mayor, 28», que «Paco y Antonio» salieron de una ruleta que contenía todo el santoral, que Orlando utilizó el nombre de «Mónica» como recuerdo y homenaje a una antigua novia... mas fue convenciéndose de que su pensamiento era un imposible, porque ahora acertaba Orlando al escribir que la matrícula del 124 era de Madrid, novecientos ochenta y cinco mil cuatrocientos y pico, y naturalmente sin letra; que se lo vendió al padre de Antonio el vecino de arriba por cincuenta mil pesetas; que al mes de comprarlo se le rompió la junta de culatas y la reparación le costó casi otro tanto; que una vez, a las cuatro de la mañana, se quedó sin gasolina en una carreterilla de mala muerte entre Fernancaballero y Porzuna, cuando llevaba a este pueblo a una novieta ocasional de aquel verano, y el único coche que pasó por allí a esas horas intempestivas le negó la parada que precisaba y encima le pitó porque casi le atropella; que la primera vez que pinchó tuvo que rodar quince kilómetros sobre la llanta porque el vecino le dio pinchada la rueda de repuesto. «¿Y a cuento de qué lo del dolor de espalda?», se dijo Antonio sorprendido, y continuó leyendo que lo que él sentía, que no era cierto, era como si le hubieran dado un pinchazo a la altura de los riñones con una gran jeringa cargada de silicona, y que por sí solo esto ya le jodía, pero que notaba además cómo la presión sobre el émbolo iba introduciendo y expandiendo lentamente el gel en su interior, adquiriendo progresivamente la densidad, espesura y dureza elástica propias de este material, interesando sus músculos intercostales, proporcionando a su columna una rigidez extrema, que gravaba cualquier movimiento de los brazos o del cuello, que repe-

tía periódicamente la punzada inicial. «Qué cosa más rara», pensó Antonio, «aquí ha metido la pata». Fue a incorporarse para alcanzar un paquete nuevo de tabaco, que el anterior lo había fundido en este rato, y, al querer lanzarse de la cama al suelo con un salto atlético, no tuvo más remedio que caer en cuclillas y levantarse poco a poco, pues notó de veras el agujonazo y la expansión del dolor. «Qué hijo puta eres», le dijo a la fotografía de Orlando en la solapa de libro. Tal vez por el extraño placer de sentirse protagonista de una novela, tal vez por verificar el grado de similitud entre la descripción y las propiedades reales de su malograda espalda, tal vez por acabar de convencerse de que Orlando era Dios, o su dios, tal vez por las tres cosas, tal vez por dos, tal vez por ninguna, volvió arriba y releyó despacio los detalles del dolor y pensó que la frase «...que lo que él sentía, que no era cierto,...», que aparece unas líneas más arriba, carecía ya de validez, o quizás no, pues visiblemente en esta segunda lectura sí que era cierto que lo sentía, pero en la primera no, «y entonces antes fue mentira y ahora es verdad y este tío se equivoca o no o esto qué coño es, y qué cojones me pasa», concluyó desesperadamente sin conclusión alguna. Cerró el libro y lloró impotente, inútil, infantil, en silencio para no llamar la atención de Paco, maldiciéndose por haber sentido aquel día nefasto ganas imperiosas de ir al váter y de pasar el rato con algo de lectura, él, que tenía como objetivo primordial terminar la carrera y hacer la mili o la objeción o declararse insumiso y ponerse a trabajar y a ganar pelas pero ya; si se tenía que haber ido a Madrid a hacer Ciencias Exactas, que era lo que realmente le gustaba, pero claro, por estar más cerca de su pueblo y de su familia eligió la capital de su provincia en contra de su voluntad y ni planteó en casa la otra posibilidad. Ahí sí tenía libertad de elección, no como ahora, que no tenía

más remedio que hacer lo que iba leyendo, «o mejor dicho», pensó entre sollozos, «que no tengo más remedio que descubrir que lo que leo ya lo he hecho».

Cuando dejó de llorar porque sus lacrimales no daban para más, tuvo la sensación de haber pasado ya por esta experiencia, quizá en otro momento amargo, o en una encarnación anterior, o en una posterior, que ya no sabía; o quizá mezclaba su presente con reminiscencias de alguna historia parecida que alguien le había contado o que había leído. Dudó por un momento de su propia existencia, pero recordó el «Pienso, luego existo» y se tranquilizó, aunque enseguida observó que Descartes no era trasladable a su contexto actual, porque éste verdaderamente existió e incluso se demostró a sí mismo; o a lo mejor no, pues puede que Descartes fuera un personaje que se inventó un escritor de la época para hacer creer a las generaciones siguientes que hubo un filósofo que se dedicaba a razonar sobre semejantes gilipolleces, «aunque ahora que me interesan no me parecen tan gilipolleces como en COU, cuando tuve que estudiarme y leerme el "Discurso del Método". A lo mejor Descartes estaba en una situación como la mía y por eso se le ocurrían cosas tan raras», se dijo; o un escritor del presente, ya que Antonio nació hace sólo veinticuatro años y quizás todos se habían encargado de confabularse contra él para hacerle creer que existió hace varios siglos el tal Descartes, o que simplemente se había confabulado Orlando Azcárate, que con este único capullo bastaba para confundirle y amargarle su existencia, su inexistencia, su incierta existencia. Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie y de que no iba a hacer el ridículo más que con él mismo, y comprobó que estaba ahí, que era de carne y hueso, tocándose el pelo, la cara, mirándose las manos; movió los pies dentro de los zapatos para observar

su movimiento, y se encerró en el cuarto de baño para verse la cara en el espejo. Creyó de nuevo estar reviviendo todo esto, y sentado en un pico de la bañera pensó que, si él era sólo un personaje novelístico, su vida no tenía más sentido que amenizar a los lectores de Orlando, que podían ser decenas, cientos, miles, y por eso todo aquello ya le sonaba, «porque cada vez que alguien lee o relee estas páginas, yo, como ficción, vuelvo a ponerme en marcha y a repetir los mismos gestos, a pensar lo mismo, a enamorarme otra vez de Mónica, a pedirle salir, a follar con ella... miles de veces, tantas como lectores. Todo igual. Mi vida es la de un ascensor que está continuamente subiendo y bajando, siempre igual, todos los días, uno tras otro... Por cada lector ocioso que se decide a entretenerse leyendo esto, ahí estoy yo para deleitarle, vaya coñazo, siempre haciendo lo mismo, como un actor de teatro que representa una obra de gran éxito durante cien años en sesiones de mañana, tarde y noche de lunes a domingo. Ambos inclusive, para más inri. ¡No te jode! ¡Cierre el libro, hostia!», dijo a usted con sentimientos combinados de resignación, pena, cansancio, sorpresa, autoridad y mal humor. «Menos mal que el Orlando me ha elegido a Mónica, la chica que yo quiero, una tía maja y que encima está buena», pensó, y se consoló, acordándose de la suavidad de sus tetas y de sus humedades.

IX

El lunes siguiente al puente de Todos los Santos, Antonio se encontraba deseoso de que llegara esta fecha, pues habían pasado ya varias semanas desde el capítulo anterior y sentía curiosidad por conocer la razón por la cual no había escrito Orlando Azcárate nada de él describiendo este periodo, vacío en la literatura pero lleno de hitos en su vida real: su relación con Mónica se había afianzado y él le había dicho «Te quiero» ya una vez, y ella le había regalado una recopilación de grandes éxitos del blues en casete para que la llevara en el coche; había realizado satisfactoriamente un test para ser becario en un departamento de su Escuela, aunque probablemente no le darían a él la plaza por superar su familia las condiciones económicas; había asistido a un concierto en el Teatro Municipal de la Orquesta Filarmónica de Cincinnati, de gira por España; había pasado una tarde completa y casi la noche jugando al Monopoly en el piso de Hermilo durante la cual todos los amigos se hartaron de reír y el Urbas se arruinó; había escuchado con Mónica la maqueta de Paco y les había gustado mucho, y éste ya había llevado la cinta a Radio Popes y se la entregó en mano a Julio Antúnez, trayéndose a casa una buena impresión de este tipo; los dos habían intimado ya con Manolo, el del bar Copito, e incluso un domingo despistado le pidieron una barra de pan y él se la dio sin cobrársela, amén de que solía invitarles a la cuarta ronda.

Varias veces había empezado Antonio la lectura de este capítulo, abandonándola al final del párrafo anterior por miedo, pues se enteró del concierto de la Filarmónica no por la prensa ni la radio, sino leyendo más arriba, y le fastidiaba y aterrorizaba que fuera otro el que decidiera o le planeara su futuro, y se dijo «Una y no más, Santo Tomás», y sólo retomó el libro tras el puente antes mencionado. Lo cual que aquel lunes, resacosos figuradamente por los días de fiesta, se encontraron Paco y Antonio en el camino de vuelta de sus centros de enseñanza a casa, antes de las dos y después de la una, que ambos habían decidido independientemente chuparse la última clase del día por el cansancio y la falta de costumbre.

—¿Nos tomamos una caña en el Copito? —propuso Antonio.

—*Fale* —respondió Paco, creyéndose un personaje del dibujante Ivá.

Entraron al bar:

—¿Dos cañitas? —preguntó Manolo.

—Dos cañitas —dijo Paco—. Voy a echar una chorra, Toni —y dejó la carpeta sobre la barra.

El cuarto de baño, monoplaza, con taza sin tapa, minilavabo y pastilla de jabón reseca que con el tiempo había pasado a formar parte de la jabonera, estaba ocupado. Paco esperó unos instantes hasta que salió quien lo ocupaba y luego entró. El joven que había salido de él dejó cien pesetas junto a un vaso con restos de vino que había en la barra y se marchó despacio, mirando con detenimiento la última página de un periódico. Antonio lo miró al principio de reojo, pero luego giró completamente la cabeza para seguirle con la vista hasta la puerta, y luego lo vio cruzar la calle y perderse por una esquina. Estuvo a punto de pararle,

de llamarle para que se volviera y verlo otra vez. Antonio se quedó con media croqueta en la boca y media en la mano, pálido, los ojos muy abiertos, muy quieto al principio y luego con las manos temblonas. Bebió de un trago la caña casi entera que le quedaba y pidió otra.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Paco cuando volvió—. Estás completamente blanco.

Los ojos de Antonio se pusieron brillantes, con lágrimas a las que la vergüenza no dejaba salir.

—Dímelo —insistió Paco—. ¿Es que has cortado con Mónica, has matado a alguien?

Paco pagó las tres cervezas sin haber empezado siquiera la suya ni Antonio su segunda y subieron a su casa bajo la mirada extrañada de Manolo. En el portal, mientras esperaban al ascensor, Antonio dijo a Paco:

—Hay una cosa que no te he contado, Paco —y éste se imaginó, mientras Antonio lloraba en el camino hacia arriba, que su amigo era ladrón, violador, asesino, homosexual, *gigoló*, chapero, fugitivo, sídico—. Nuestra vida, la mía sobre todo, está escrita en el libro que me dejaste.

—¿Qué? —Paco no había pensado que su amigo pudiera estar loco.

—Lo que has oído. Ahora te lo enseño. No te lo he contado antes por... qué sé yo, me daba corte, o no sé.

—Tranquilízate, Antonio, ahora me lo enseñas; verás como no pasa nada.

Fueron directamente al cuarto de Antonio y éste sacó, escondida detrás de los libros de una estantería, la novela de Orlando Azcárate.

—Mira —le dijo ya sin llorar, señalándole la foto de la solapa.

Paco la miró extrañado.

—Bueno, y qué le pasa a este tío. Es un tío normal; un poco feo, si acaso.

¿Pero por qué te ha dado de repente por llorar?

—Porque le he visto en el Copito.

—Lo has visto, ¿y qué?, ¿te has emocionado, vas a dejar a Mónica pa enrollarte con él, o qué?

—Paco, por favor, no te cachondees, que te juro que es muy serio. Lee, por favor. Lee en voz alta el principio de la novela. Verás cómo somos nosotros.

Paco leyó:

—«Cuando Antonio llegó a la casa de Libertad, 19, Paco ya llevaba un par de días...». Coño, qué casualidad —miró de nuevo la foto del autor y la ilustración de la portada.

—Sigue, por favor, sigue leyendo.

Paco continuó en voz alta, pero la sorpresa, la extrañeza, la impresión, la creencia de que soñaba, de que aquello no era, no existía, de que no podía tener lugar ni espacio, pudieron más que su razón y su equilibrio, y fue bajando el volumen de su voz hasta que ya sólo movía los labios y luego los detuvo y continuó leyendo únicamente con los ojos. «Hostia», «joder», «la puta», dijo, y otros tacos, en repetidas ocasiones sin quitar un ojo del papel.

—Es verdad, tío —dijo incrédulo—. Me acuerdo perfectamente de que pensé que eres un tío de puta madre cuando tú estabas meando. Mira, aquí lo dice —y le indicó con un dedo la línea referida—. Y tú también lo pensaste.

—Si ya te he dicho, que está aquí todo. Es nuestro diario. Bueno, más mío que tuyo, porque vienen más cosas de mí que de ti.

—¿Cómo puede ser, macho? —dijo—. Es... imposible.

—Pche, eso creía yo. He llegado a creer que no existimos ninguno de nosotros, que nos ha creado Orlando Azcárate.

—¿Y es el que has visto en el Copito?

—Sí, pero le conocí antes. Ya verás luego, dentro de unas páginas. Ahí viene cómo conocí yo a Orlando Azcárate, un día en la estación. Mira, ¿te acuerdas del año pasado, un día que tenía que ir a Madrid a ver a mi tía, que la operaban, y que te dije que no fui porque había perdido el tren?

—Sí.

—Bueno, pues era mentira, no lo perdí. Vi al tal Orlando y por eso le conozco. Le llevé a su casa en el coche y pasé de ir a ver a mi tía. Vive aquí, en el portal de al lado de donde estaba "El Ave Turuta".

—Pero cómo aquí: aquí-aquí, cruzando la puta calle.

—Sí, cruzando.

—¿Y no has vuelto nunca a hablar con él?

—No. Desde ese día, no.

—¿Y no lo has vuelto a ver?

—Hoy, el único día.

—¿Y te has leído el final? ¿Cómo acaba?

—No tengo ni idea. Nunca he leído más allá del instante actual, ¿sabes lo que te digo? Es como una especie de diario, y nunca he avanzado más del día en que estamos. Por ejemplo, de hoy no he leído nada; bueno, sí, un poco, el primer párrafo, pero es que ha *estao* el tío casi un mes sin escribir y no me podía aguan-

tar. Pero bueno, tú lee, que todo esto que te digo está escrito, vaya. Voy a hacer algo de comer, tío; tú lee.

Y mientras Antonio calentaba una lata de fabada y freía unos palitos de merluza, de los que unos le salieron medio quemados por fuera y crudos por dentro, y otros prodigiosamente al revés, Paco no daba crédito a la poderosa capacidad divina de la obra. Picado por la curiosidad de conocer algo de más adelante, interrumpió la lectura y avanzó aleatoriamente unas decenas de páginas, deteniéndose y retrocediendo hasta localizar una aparición de la palabra «muerte» que creía haber visto. Asustado, pensando que su final o el de Antonio estaba próximo, buscó por el texto y se alivió cuando leyó que fue aquí arriba el lugar en que la había leído. Se lo contó a Antonio:

—No, si es un hijo puta —contestó—. Gasta bromas y todo. Yo, por eso te digo, que no avanzo. Si veo que puedo leer, leo; y si no, le den por el culo y me aguanto.



Antonio se fue a casa de Mónica después de comer, que iban en teoría a hacer conjuntamente los problemas de «Diseño de circuitos VLSI», aunque realmente dedicaron las dos horas previstas a retozar. «Qué cabrón el Antonio», dijo Paco cuando llegó en su lectura hasta este punto.

—He estado leyendo hasta hoy —dijo Paco por la noche.

—¿Y qué te ha parecido?

—Sorprendente —sonrió—. Yo creía que no te la tirabas.

Los dos se rieron mucho, pero más cuando Antonio, después de decir «No tenemos secretos», añadió:

—Y yo no sabía que te la cascabas tanto.

—Ya en serio. Esto, como tú dices, va más contigo que conmigo. Algo tienes que tener para que el tío lo escriba. Debes ser un Quijote o algo así. Tu vida debe ser novelesca.

—Es lo que me sorprende. Que soy un tío completamente normal, en nada me salgo de la raya.

—En nada, no. Puede que seas simplemente la excusa de Azcárate para escribir: una vida anodina, si se escribe y se es consciente de que está escrita, ya no es anodina. ¿Me entiendes?

—Sí.

—¿Esto lo sabe más gente?

—Que yo sepa, no. Pero claro, habrá quien la haya leído; gente de Ciudad Real, incluso, pero no nos conocerá, ni se imaginará que en el diecinueve de la calle Libertad viven dos chavales de mentirijillas.

—Ji, ji —se rió Paco—. Somos dos chavales de mentirijillas. ¿Sabes lo que voy a hacer mañana? Mira, tengo que ir a la Casa de la Cultura a buscar unos artículos de Javier Sadaba, que tengo que hacer un trabajo para Filosofía Contemporánea, y voy a ver si encuentro en los ficheros nuestro libro, u otro de Orlando Azcárate, y me los traigo.

—Pues sí. Podías buscar también alguna crítica a alguno de sus libros. Por lo menos tiene publicado uno de cuentos, que me lo dijo.

—Ya, si lo he leído.

—¿El qué, los cuentos?

—No, coño. He leído en la novela que te dijo que había escrito un libro de cuentos.

—Pues eso. Búscalo y sácalo. Vamos a investigarle.

X

Antonio se encontraba más tranquilo y más seguro después de que Paco fuera, junto a él, co-conocedor de los secretos de su historia. Tenía un desahogo parecido al de un hijo tras revelar a su padre, con arrepentimiento, la verdad de una mentira absurda, o la de aquél que por fin se decide a decir a la familia «Bajo al bar a comprar tabaco» para no volver más, o la de la esposa que abandona a su marido, que no la quiere y la pega, para irse a vivir a un futuro impreciso. Fue como expulsar el aire aguantado tras un minuto sin respirar, y Antonio así lo entendió y lo hizo en un momento de hartura a la mañana siguiente, solo en la casa, en su habitación, sin ir a clase pero sin ver a Mónica, resumiendo apuntes con la radio al fondo. «A ver qué tiene Paquito por aquí...», dijo, y fue al cuarto de su amigo a indagar en su compactoteca, trayéndose al suyo unas inesperadas arias de ópera cantadas por María Callas. Cuando lo puso en el reproductor y volvió a estudiar, se interrumpió en la tercera pista para pensar «Esto me suena; es de la banda sonora de Philadelphia», y alzó la cabeza para escrutar el pedazo blanco de pared en el cual se apoyaba su mesa. Miró en la carátula la relación de las piezas grabadas y leyó la correspondiente a la que escuchaba: «Bellini: Norma (Casta Diva) 5'47"». Le gustó, le había llegado adentro, y volvió a reproducirla una y otra vez, mandando de nuevo a la cabeza lectora al instante 0:00 cada vez que terminaba. «Joder, qué bonito. Qué pena que haya cosas así que tarde tanto en conocerlas, y otras habrá igual de hermosas que no las llegue a conocer nunca»,

se dijo pensativo imaginando otras músicas, otros paisajes, otras mujeres, y echó la silla hacia atrás y entrecruzó los dedos de sus manos en la nuca y separó los codos, recostándose en el respaldo, con el cigarro inerte echando humo en el cenicero; y ni el motor del frigorífico, que unos minutos antes había estado ronroneando, ni las vigas en dilatación que antes sonaron, ni los radiadores al llenarse de agua caliente, osaban ahora molestar el canto de la diva que tanto bienestar le otorgaba. Al final de ese día, cuando Antonio leyó esta página y recordó su agradable momento de soledad matutina, deseó que este papel fuera un hipertexto informático y que, en lugar de situar el ratón sobre las palabras en la pantalla y pulsar su botón para que se desencadenase la acción asociada correspondiente, pudiese tocarlas aquí mismo con el dedo, sobre este soporte blanco salpicado de tinta, y escuchar así la música orquestal y la voz aguda y hermosa de la soprano. Imaginando que sería bello que esta metáfora se hiciera realidad, y con la seguridad de que sólo Paco sería testigo extemporáneo de su gesto y pensando que quizás él también lo imitaría, acercó con lentitud el índice al papel y lo tocó por si acaso, pero nada sonó.



Paco pasó la mañana en la Casa de Cultura, buscando en los periódicos de fechas que le habían indicado en clase los artículos que necesitaba para realizar su trabajo. Los fotocopió y enseguida hojeó sin seguir regla alguna ejemplares de otros días, esperando que sus pesquisas lo condujeran hacia referencias a críticas o comentarios periodísticos acerca de la obra de Orlando Azcárate. Primero se entretuvo con los del mes en curso y retrocedió luego a los de octubre y septiembre; pasó por alto julio y agosto, pues entendió que en verano apenas hay

actividad —que, es más, el país, como él, se paraliza— y tendría ahí escasa probabilidad de éxito, y buscó de nuevo en los volúmenes de junio hasta que comprendió la vanidad de su empeño y fue ralentizando la búsqueda al ir deteniéndose, sin darse cuenta, en la lectura de artículos, declaraciones de futbolistas y músicos, cartas al director, observación de fotografías... Le llamó la atención el titular de un breve y leyó su contenido: «O.A., vecino de Ciudad Real, de 27 años, fue ingresado ayer noche en el Hospital Doce de Octubre, tras lanzarse al vacío desde el popular puente del Viaducto, en Madrid. Según el testimonio de los testigos, un camión con remolque cubierto de loneta que pasó casualmente por allí en el momento de la caída le salvó la vida». Fotocopió también el fragmento de la hoja en que aparecía esta nota y anotó por detrás la fecha de publicación. «Hostia, qué tonto estoy», pensó. «Si busco el libro de cuentos de Orlando Azcárate, puedo buscar las críticas en los periódicos de fechas cercanas a su publicación». Tomó posición frente a un terminal de consulta y halló que había en los fondos de la biblioteca dos de las obras de Orlando Azcárate: una era un ejemplar de esta novela y estaba prestado; el otro, un volumen del referido libro de cuentos, en situación de disponibilidad. Copió en una ficha los datos de este último y consultó de nuevo la base de datos para localizar «El desorden de tu nombre», la novela de Millás por la cual Antonio conoció a Orlando. Estaba también prestable, y se acercó al mostrador para pedir ambos libros para llevar a casa. Paco anduvo leyendo los carteles que hay por las columnas y las paredes mientras el bibliotecario buscaba en el almacén los libros solicitados. «Ahora, en esta biblioteca, la prensa en CD-ROM», leyó. «Coño», masculló, «esto me facilita el trabajo un montón». Tras comprobar la fecha de publicación del libro de cuentos, se dirigió nuevamente al

bibliotecario: «Perdone, ¿qué periódicos tienen en CD-ROM y a partir de qué fecha?». «Pues tal, tal y cual, y a partir de enero de 1993», vino a responderle. «¿Me los puede dejar?», dijo Paco. «¿Todos?». «Sí, por favor, todos». «Tienes que rellenar estas fichas», le dijo.

Ocupó nuevamente un ordenador, distinto en esta ocasión del anterior, pues estaba dotado, a diferencia del otro, que no era más que una pantalla y un teclado, de una caja minitorre con disquetera, un ratón cuyo cable estaba fijado a la mesa con unas grapas de carpintero en forma de U, y una unidad lectora de *cedés*. «Está *guay* esto de los compactos», pensó mientras colocaba el primero de los quince que le dieron. Introdujo para la búsqueda los patrones «Orlando», «Azcárate», «Orlando Azcárate», «O.A.» y «OA», encontrando tras media hora un total de diecinueve ocurrencias que casaban con ellos; pero desechó tres correspondientes a la Organización Antifascista, una de un tal Oswaldo Alonso, dos de Ortiz Agenjo, dos de la organización lúdica gallega Os Amigos, una de una OPA hostil en la que el redactor se comió la pe, dos de dos recuadros de publicidad de tomate frito Orlando, otra de un anuncio oficial en la que Calzados Orlando informaba de su fusión con Botos Tomé, una de Patricio Azcárate y otra de su hijo Gumersindo, que fueron por lo visto políticos de renombre, y otra más de Pablo de Azcárate y Flórez. Se quedó, por tanto, con cuatro: dos en las que claramente se hablaba de él, pues una era el anuncio de la publicación de los cuentos y otra una crítica de éstos realizada por el propio Millás; de las otras dos, una era ya conocida, pues no era sino la del intento de suicidio desde el Viaducto, y la otra era también similar: «O.A., de 26 años, se arrojó ayer al vacío desde la azotea de su casa, en Ciudad Real. Por fortuna, el personal de Colchonerías España, que

acababa de cambiar en una vivienda de su mismo edificio el colchón de una cama de matrimonio, salía del portal con el antiguo y salvó fortuitamente la vida del joven. Fue conducido a la Residencia Sanitaria por la Policía Local, de donde fue dado de alta con ligeros rasguños a las pocas horas». Volcó a la impresora las tres referencias que no tenía. «Chaval, ve terminando, que tenemos que irnos a comer», le informaron. «Ya he acabado», y se marchó.

—Tienes carta, y espero que sean buenas noticias —le dijo Antonio a Paco cuando éste llegó—. De Julio Antúnez.

—¡De puta madre! A ver, trae —abrió el sobre, estiró el papel y leyó de prisa, saltándose los formalismos del principio—: Estimado amigo, pun pun pun, habiendo escuchado su maqueta, pun pun pun, tal y cual, ha sido de nuestro agrado, tal, dado que carecemos de teléfono para localizarle, una entrevista, tal, unas pruebas, la semana que viene, avísenos previamente, esto lo otro, mañanas de ocho a tres, tal, ¡estupendo! ¡Dice que lo llame dentro de esta semana para concertar una entrevista!

—¡Enhorabuena!

Unos minutos más tarde, sentados en la cocina mientras comían, pasada la euforia inicial de la carta, enseñó los papeles y los libros a Antonio:

—Mira: el tío, que pone O.A. pero no puede ser otro más que él, se ha *tirao* por lo menos dos veces, ¿ves?... La primera desde su casa, aquí al *lao*, y la segunda en Madrid, desde el Viaducto.

Antonio leyó el texto de las noticias:

—Joder, macho. Qué puta suerte tiene. El pobre no se muere ni aunque quiera.

—Ya ves. Y mira, esto es un anuncio de la publicación de los cuentos, que éste es el libro —lo señaló—, y esto una crítica de ellos. Pero adivina quién la firma.

Antonio dudó. Luego dijo, sin sorprenderse:

—¡Nosotros!

—No, hombre, no. No jodas. La firma el tal Juan José Millás, el de «El desorden de tu nombre», que también lo he sacado.

—¿Para qué?

—Bueno, para leérmelo y conocer mejor a Orlando Azcárate, y saber de qué va. ¿Esta tarde has *quedao* con Mónica?

—Sí, ¿por?

—No, porque mientras yo me leo éste, tú podías ir leyéndote los cuentos del pollo. Pero vamos, que ya lo hago yo cuando termine.

«El desorden de tu nombre» es una novelita corta, que se lee en una tarde ociosa del tirón. Aunque aquélla debería haberla dedicado Paco a ir escribiendo un guión de su trabajo y a ir redactando ya algo de él, prefirió posponer las obligaciones y dedicarse a profundizar en la lectura. Cada vez que en el texto se mencionaba a Orlando, Paco anotaba en una libreta la página, línea y una o dos frases textuales. Hacia la medianoche, Paco había terminado con triple gusto la pequeña gran obra de Millás: por una parte había disfrutado con la trama del psicoanalista, la mujer y su esposo; por otra se deleitó con los cuentos de Orlando que Millás perfilaba pero cuyos finales no contaba; por último, fue conociendo al singular escritor que vivía cruzando la calle, y de quien obtuvo la impresión de ser un hombre serio, solitario, algo creído y capaz de muchas cosas con tal de obte-

ner provecho. El estómago vacío y el sueño se aliaron contra él y le obligaron a no atacar ya los cuentos y a sí cerrar los ojos, arrojarse y dormir y roncar hasta la mañana.

XI

Más tampoco al día siguiente pudo Paco comenzar la lectura de los cuentos, porque optó por ser responsable y dedicarse a elaborar su trabajo, que tenía muy pensado y perfilado y sería una pena echarlo a perder por un impulso de dejadez o vagancia perfectamente vencible. Tampoco llamó a Julio Antúnez, siguiendo el consejo de Antonio, que le dijo que aguardase un par de días para crearse un halo de importancia y no dar la imagen de estar deseando.

Pero tres días después Paco había terminado ya su trabajo, que elaboró con el ordenador realizando una composición muy coqueta que incluía fotografías y dibujos escaneados. Lo imprimió en la impresora a color de un amigo. Tres meses más tarde sería calificado con un sobresaliente, y alegró a Paco saber su nota con la antelación indicada por la previa lectura de estas líneas. El cuarto día, antes de enfrascarse en la lectura de los cuentos, releyó las notas que había tomado durante la lectura de «El desorden de tu nombre» y, observando la inutilidad de éstas, arrugó el papel que las contenía y lo arrojó a la papelera con la rabia del detective que ha seguido a un sospechoso equivocado. Se sentó en un sillón del salón y leyó la portada: «Orlando Azcárate: La vida en el armario y otros cuentos». Por fin conoció los finales de las historias que en la novela de Millás comenzaban a contarse pero eran interrumpidos en su clímax. Estaban escritos en el mismo orden en que se mencionaban en «El desorden...», y Paco comenzó la lectura del primero con ansiedad, pero hacia la mitad de éste se enlenteció

porque de repente no entendió la necesidad que sentía de llegar pronto al final de la novela de su vida, que quizás era el final de la vida de su novela, o sólo de su novela, o algo así pensó, sin quedar al cabo muy convencido de la coherencia de sus pensamientos, que incluso le confundieron la lengua imaginaria con la que pensamos, trabándose y haciéndole decir, o pensar, «el final de su vida», cosa ésta que no le gustó. Así que aquel día leyó solamente un cuento, y otro al siguiente, y otro al siguiente, de manera que la poca velocidad y el escaso avance le permitieron pasar un fin de semana en su pueblo dejándose los libros, tanto de estudio como de lectura, en el piso de estudiante, e incluso, de regreso ya en Ciudad Real, le cumplió el plazo de préstamo en la Casa de la Cultura y tuvo que ir a renovar por otros quince días. Y así leía, un cuento cada día descansando los fines de semana. Y unos días antes de que le cumpliera el segundo plazo de renovación ya se había leído todos aquellos de los que ya conocía algo por «El desorden de tu nombre»; otros, claro, le resultaron novedosos. Todos se desarrollaban en lugares indeterminados y de ninguno de los que hasta esta fecha había terminado dedujo que pudiera obtener conclusiones para los fines aclaratorios que perseguía.

Pero la sorpresa llegó el mismo día en que renovó el préstamo por segunda vez: coincidía con el regreso del puente de la Constitución. Paco había pasado toda la mañana en los estudios de Radio Popes realizando unas pruebas de aptitud de cara a su contratación: tuvo que leer durante quince minutos un texto con algunas palabras en eusquera; luego leyó números de diez y doce cifras con ceros en medio; improvisó una entrevista a Julio Antúnez, que se hizo pasar por monje de clausura; describió durante un rato que se le hizo eterno una hoja de

papel en blanco; eligió y criticó casi hasta el llanto tres de sus canciones favoritas y se vio obligado a decir bendiciones de las tres que más odiaba. El subdirector de Radio Popes, que acompañó a Julio Antúnez durante la sesión, comunicó a Paco, casi al final de la mañana, la respuesta afirmativa de la empresa a su pretensión. No cobraría un duro, pero esto no era cosa que Paco hubiera puesto como condición, pues entendía inversión en su futuro el comenzar gratuitamente su carrera en las ondas: si era bueno, el año siguiente estaría allí de nuevo recibiendo una nómina mensual y con los años recibiría ofertas de cadenas diversas; si era malo y ni el micrófono ni el directo eran lo suyo, se desengañaría y haría oposiciones, como todo hijo de vecino, al terminar los estudios: «Una vida corriente para un tío del montón», se dijo.

—El programa —le dijo el subdirector— tendrá la estructura que has planteado en la maqueta: los martes de diez a once, como tú has dicho, que es un buen día y una buena hora. Y el nombre también nos gusta: se queda con «La hora golfa»...

—Bueno, lo de «La hora golfa», sí; aunque elegí los lunes, ¿eh?, no sé si se acordará... pero vamos, que no tengo ningún problema en hacerlo el día que ustedes me digan.

—Pues si no tienes problema, te quedas con el martes porque, además, los lunes ya están cogidos. Te decía que... Ah, sí, que tenemos que contar con diez o doce minutos de publicidad, y entonces lo que vamos a hacer es suprimir la entrevista y, como te sobran dos o tres minutos, pues metes una canción o cuentas un chisme, una anécdota, informas de un concierto, de una película o de lo que se te ocurra. Y luego, como la programación local de esa franja horaria la

empezamos a primeros de enero y tú estás en tu pueblo de vacaciones, tenemos el detalle y te esperamos ocho o nueve días...

—Hombre, gracias por el detalle.

—De nada. Pues eso, que te esperamos ocho o nueve días, hasta el segundo martes después de Reyes, para no meter la pata por correr. No *ostante*, pásate por aquí el lunes anterior por la mañana para precisar ya del todo, no vaya a quedar ningún cabo suelto. Y otra cosa. Lo del enigma, que, por cierto, nos tienes que decir a Julio y a mí la solución, lo *tíes* que cambiar, porque aunque publiquemos ahora el cuadro en el periódico, la gente no lo va a comprar sin haber escuchado el programa, y ya después de Navidad tendríamos sólo un día y estaríamos de *toas* formas en las mismas; así que nada, te inventas otro y lo cambias, y el del cuadro lo ponemos más adelante, que además lo pensamos publicar en la revista de la universidad, que es gratis y todo el mundo la lee, y ya de paso promocionamos ahí tu programa. Pero esto, ya te digo, que lo haremos más adelante. Pues nada más, si no tienes nada que preguntarme, que pases buenas fiestas y... eso, que te pases por aquí el lunes después de Reyes. Toma mi tarjeta y si me necesitas, me llamas.

—Bueno, pues nada. Que igualmente y que muchas gracias por todo.

Paco llegó a la Casa de Cultura con el tiempo justo de que le atendieran:

—Sólo está permitido renovar dos veces, que date cuenta de que ya lo vas a tener cuarenta y cinco días; pero, bueno, por hoy te lo voy a hacer, porque me dices que te resulta de mucha utilidad, ¿eh? —le dijo el bibliotecario, que se conoce que deseaba que alguien le agradeciera algo.

Paco le dio en todo el gusto:

—Muchas gracias.

De modo que Paco leyó, de vuelta ya en su casa, calentándose los pies con una potente estufa de kilovatio y medio, el cuento postrero del libro de Orlando. Pensó en un principio que no lo entendería, pues era Paco hombre de letras y en el cuento aparecieron pronto palabras como «función», «numerable» y «boreliano», pero en breve se dio cuenta de que no era necesario conocer el lenguaje matemático para comprender la línea argumental. Era la historia de un tal Juan Ruiz, del cual, según se contaba, estudió Ingeniería Industrial en la Escuela Superior de Madrid. Terminó la carrera muy joven, con veintidós años, y con un expediente muy brillante. Parece ser que tuvo en tercero una asignatura, la única en su vida, que a Juan Ruiz se le atragantó y que arrastró sin estudiar y sin aprobar hasta sexto curso. De ésta hizo el examen en una convocatoria extraordinaria de febrero, pensada especialmente para aquellos alumnos a los que quedaran tres o menos asignaturas para terminar la carrera. Resultó que Juan Ruiz la estudió muy bien, desde noviembre anterior, y llegó al examen nervioso, emoción que jamás había sentido en situación semejante, y los problemas fáciles se le presentaron difíciles, y las fórmulas fundamentales que aprendió de memoria las recordó como complicadas ecuaciones en las que confundía los exponentes con subíndices y los subíndices con exponentes. Cuando se encontraba aclarando la confusión de cierto problema, a falta de quince minutos para la expiración del plazo concedido para resolver todo el examen, Marciano Bertini, el catedrático que les examinaba a él y a otros tres compañeros, pidió la atención de los cuatro comparecientes y realizó verbalmente cierta puntualización sobre el enunciado del tercer ejercicio; y es que, aunque no se precisaba, era evidente que la función F

que se indicaba, y de la que había que demostrar determinadas cosas, debía ser aplicable a conjuntos numerables y, por tanto, borelianos. Juan Ruiz ya había resuelto el problema mencionado sin tener en cuenta esta precisión, y carecía ya del tiempo necesario para corregirlo. En la fecha que Marciano Bertini prometió se publicó en el tablón de anuncios de la Escuela la lista de calificaciones: Juan Ruiz, a diferencia de sus tres compañeros, que aprobaron, había suspendido. En el pie de la comunicación se le citaba expresamente a él para que acudiera a una entrevista con el profesor en su despacho, a las doce horas del día siguiente a la publicación de la lista. Y a las doce horas allí estaba él, con el audífono de su abuelo paterno colocado en la oreja, pues aprovechó el sueño de éste para sustraérselo temporalmente, confiando en que podría prestarle una gran ayuda.

—Mire usted —parece ser que le dijo Marciano Bertini, tras precisar Juan Ruiz que él no tenía por qué suponer las propiedades de los conjuntos a los que F era aplicable, pues no estaban escritas en el papel—, yo, durante la realización del examen, les informé a los cuatro que se encontraban en el aula de que los conjuntos debían ser numerables y borelianos. Y con esta consideración lo han hecho sus tres compañeros.

—Es que, don Marciano... no oigo bien. Fíjese, llevo aparato —y le mostró la oreja en la que tenía el audífono— y en los exámenes me lo quito para no desconcentrarme.

Marciano Bertini se caló las gafas de cerca y, arrugando la nariz y subiendo la barbilla, inspeccionó la parte de la anatomía de Juan Ruiz que éste le señaló.

—¿Seguro que no me miente? —le preguntó Marciano manteniendo el mismo gesto.

—¡Por favor! —contestó Juan Ruiz, indignado por llamarle mentiroso.

Acto seguido, Marciano Bertini escribió un cinco sobre el cuatro de Juan Ruiz y, en su presencia, rellenó las actas oficiales que daban fe de que Juan había superado ya todas las asignaturas de la carrera. Tras agradecer éste la confianza que el maestro acababa de depositar en él, añadió:

—Me gustaría, don Marciano, que me dirigiera usted el proyecto de fin de carrera.

—¿Qué cosa quiere usted proyectar?

Juan le explicó la máquina de engranajes complicadísimos que deseaba diseñar, y cuyo fin era aprovechar al máximo la energía desperdiciada por el rozamiento en los motores de explosión, almacenable según él en acumuladores que permitirían a un vehículo de medianas dimensiones recorrer cinco kilómetros más por cada doscientos. Don Marciano consideró inicialmente la idea una piedra filosofal imposible de lograr, pero al final de la mañana, cuando intuyó lo que se ocultaba tras las ruedas dentadas que Juan le dibujó en un papel, se entusiasmó con la idea y aceptó ser su tutor.

Varios meses después el proyecto se encontraba ya muy bien encaminado hacia su fin y Juan y Marciano se decían ya mutuamente de «tú», pues se convirtieron en compañeros cuando éste consiguió colocar a aquél, dada su valía, en su mismo departamento, del que también era director, como profesor ayudante con un sueldo bajo, pero aceptable y con serias expectativas de ser aumentado en breve. Al año, Juan defendió su proyecto ante el tribunal, obteniendo un sobresa-

liente y su esperado título de Ingeniero Superior. Todavía llevaba en la oreja el audífono de su abuelo, a quien compró, a través de una importadora suiza, otro modelo más moderno y técnicamente más avanzado. Unos meses más tarde, Juan fue ascendido a profesor titular con un sueldo ya bastante digno, y cuatro años después, cuando terminó el doctorado y comenzó a ganar todavía más, contrajo matrimonio con la enfermera del hospital que cuidó a su abuelo en su largo lecho de muerte, dos años antes. Don Marciano Bertini actuó como testigo en la boda de ambos, y Juan llevaba todavía aquel primer audífono que se puso en la revisión de su examen; Carmen, su mujer, que nació en Ciudad Real pero estudió A.T.S. en Madrid, contrajo matrimonio con un hombre que pensó era sordo. Veinte años después, la universidad para la que Juan y Marciano trabajaban abrió, en tanto en cuanto se terminaba de montar la Universidad de Castilla-La Mancha, otra Escuela de Ingenieros Industriales en el campus de Ciudad Real. Marciano, que comenzaba a encontrarse mayor y a sentirse incómodo de los desplazamientos y de la bulla de Madrid, planteó a su esposa e hijos la conveniencia de trasladarse a vivir a la pequeña ciudad del llano; la mujer de Juan, por su parte, le convenció de la mejor calidad de vida que les esperaba allá: vivienda más barata, no necesidad de usar el transporte público, proximidad a la capital de España... y los padres de ella, suegros de él, allí. Total, que al siguiente curso, Marciano, su esposa y el menor de sus hijos habíanse trasladado a un pisito en el centro de Ciudad Real, y Juan Ruiz y Carmen vivían ya en un chalé unifamiliar que compraron en una urbanización de las afueras. Marciano era director de la nueva Escuela, Carmen consiguió el traslado a la planta de Traumatología del hospital Virgen de Alarcos y Juan, director del departamento que Marciano dirigía en Madrid y único

profesor sordo, presuntamente o no, de toda la Escuela de Ingenieros Industriales. Dos años después, la joven universidad castellano-manchega asumió sus competencias y la Escuela de Ingenieros pasó a engrosar la lista de sus centros de enseñanza e investigación. Al año siguiente, en enero del año en que Paco comenzaría la emisión de su programa de radio, Marciano Bertini, recién cumplidos los setenta, recibió, por parte de sus compañeros, una merecida cena-homenaje con motivo de su jubilación en un restaurante de la pequeña capital, en el que se le reconoció la gran labor desarrollada en pro de la Escuela. Durante la copa de coñac posterior a los postres, Juan Ruiz, con su audífono en la oreja, que nunca construyó la máquina diseñada en su proyecto fin de carrera, inviable por un error de diseño que desde siempre supo y que siempre ocultó, se acercó en solitario a su amigo, maestro y compañero Marciano Bertini y le dijo:

—Marciano, tengo que confesarte una cosa que te he ocultado durante todos estos años.

—Y yo tengo que pedirte perdón por haberte hecho llevar durante media vida ese inútil aparatejo.

—Eso era.

—Ya.

—¿Cómo lo has sabido?

—Verás. ¿Recuerdas la revisión de tu último examen en mi despacho?

—Claro. Hemos hablado de ella varias veces.

—Bien. Quince días antes estuve en un congreso de ingenieros en Estados Unidos, creo que alguna vez también te he comentado algo...

—Sí.

—Bueno, pues mi padre, que en paz descansa, era muy amigo de tu abuelo, que en gloria esté, y me encargó que le trajera, para regalárselo a tu abuelo, ese mismo aparato que tú llevas y que has llevado durante todo este tiempo.

—Nunca me dijiste que mi abuelo y tu padre eran amigos.

—Pues sí. Hicieron juntos la Guerra Civil. Pues le di a mi padre, para que se la diera a tu abuelo, la caja con el audífono, el manual de instrucciones y dos pilas de recambio; pero olvidé incluir en ella la tarjeta de garantía, que me dieron aparte, con el número de serie del aparato.

—Ya.

Marciano Bertini sacó la cartera y de ésta la tarjeta, ya amarillenta y medio rasgada.

—Lleva aquí la tira de años. No ha pasado un día sin que pensase en el momento propicio para enseñártela. Parece que ya ha llegado. Mira —y leyó—: A guión 12345, un número muy musical, muy fácil de recordar.

—En efecto.

—El aparato es para usar en el oído derecho. Hazme el favor de dejármelo.

Juan Ruiz se retiró el audífono de su oreja derecha y se lo entregó a Marciano.

—Se conoce que, el día de la revisión, tú no sabías que estos cacharros se diseñan unos para el lado derecho y otros para el izquierdo. Aquel día, ignorante, te lo pusiste, no sé de qué manera, en el izquierdo. Me lo señalaste y lo observé. Fíjate —y le mostró el lado del audífono que en la revisión del examen

era visible—: A guión 12345. El mismo aparato, el mismo número de serie. No había pérdida.

—Vaya fallo.

—Sí. El siguiente día que viniste a verme, por algo del proyecto, ya lo llevabas en la derecha.

—Me acuerdo perfectamente.

—También te aprobé aquel día como favor personal, tu abuelo se lo pidió a mi padre. Tu examen era patético.

—Me puse nervioso.

—Bueno. Por aquella mentira tú mismo te castigaste a llevar el audífono de por vida.

—No me guardes rencor. Y no se lo digas a nadie.

—Descuida.

Paco cerró el libro y se dijo «Aquí está el tema». Tenía que enterarse de si realmente Juan Ruiz y Marciano Bertini eran profesores de la Escuela de Ingenieros Industriales. Probablemente Antonio lo sabría o podría enterarse sin dificultad, pues compartían edificio los de Telecomunicaciones con los de Industriales. Esperó pacientemente a que llegara su amigo y, afortunadamente, hizo su aparición prontamente y sin Mónica, delante de la cual no podrían haber hablado de su secreto.

—¿Qué pasa? —preguntó Antonio—. ¿Has sacado hoy algo en claro?

—Creo que sí, que estamos en una buena pista. ¿Tú sabes si hay en tu Escuela algún profesor que se llame Marciano Bertini?

—¿Bertini? Sí. Un vejete muy majo. Es el director de Industriales, pero da alguna asignatura en Teleco, ¿por?

Paco le enseñó el cuento que acababa de leer:

—Mira, aquí habla Orlando de él. ¿Y otro que se llama Juan Ruiz?

—De ese ni idea. Pero a ver, déjame que me lo lea.

Dos horas más tarde, Antonio y Paco se encontraban planeando sus actuaciones más inmediatas, pero enseguida se tornaron estrategias a más largo plazo, pues acordaron, convencidos de la existencia de Juan Ruiz, dirigirse a éste tras la cena-homenaje para ponerle al día de su circunstancia.

—Lo que voy a hacer es enterarme de cuándo es la cena para no anticiparnos. Esperemos que sea a principios de mes, para no esperar mucho, que estoy deseando conocer ya el desenlace de esta mierda —dijo Antonio.

Segunda Parte

XII

Tal y como habían leído en esta página antes de marcharse a sus pueblos por Navidad, la tarde del primer domingo después de Reyes, Antonio y Paco se encontraron en el piso con el deseo de verse y prepararse para un pronto final. Paco devolvió a la biblioteca el libro de cuentos de Azcárate e intentó sin éxito conseguir el ejemplar de esta novela que aún permanecía prestado, así como enterarse del nombre y dirección de la persona que lo tenía tanto tiempo en casa.

—Ésa es una información que no le puedo facilitar —le dijo el bibliotecario.

Aunque durante las vacaciones Antonio y Mónica hablaron frecuentemente por teléfono, en su reencuentro se sintieron algo extraños, posiblemente porque aquella era la primera vez que se separaban por un periodo considerable de tiempo. No obstante, las caricias y los besos les devolvieron la normalidad que gozaran y celebraron la primera noche durmiendo juntos en la habitación de Antonio.

—Qué cabrón eres —le dijo Paco antes de Navidad, el día en que ambos leyeron esto—. Vas a llegar y a besar el santo.

—El santo, o... —dijo Antonio picaronamente.

—Sí. El santo, o... —confirmó Paco de igual modo.

—De todas formas, no te creas que me gusta esta anticipación. Hombre, por un lado, el lado obvio y carnal, sí; pero por otro, joder, hay que joderse con Orlando. Mira —y le señaló los tres símbolos separadores de sección que hay

más abajo—: a partir de aquí no podemos seguir leyendo. Me jode esto de que deje periodos tan largos de tiempo sin escribir de nosotros. Primera parte: antes de Navidad; segunda parte, por lo poquito que he leído, intuyo que después. ¿Y en Navidad, qué pasa, coño? ¿Que no existimos?

—A mí también me jode.



Y, en efecto, no podían leer sino después de vacaciones de esta línea para abajo, porque otra cosa significaría adelantarse demasiado a lo prudente y, aunque Orlando les escuchó la conversación con la previsión que le caracteriza, desdénó relatar, aunque fuera con brevedad, la crónica de los hechos corrientes y sin interés que a los dos amigos les acaecieron durante los últimos días de diciembre y primeros de enero: que si Antonio se emborrachó en nochevieja, que si Paco se quedó en casa junto a su hermana y su madre por mantener el luto, que si a ambos los Magos de Oriente les llevaron un frasco de colonia y algo de música...

—Tú, por lo menos, te cogiste un ciego —le dijo Paco aquel primer domingo—. Yo es que ni eso.

—¡Pero qué ciego! Un ciego de tres agujeros, te lo juro.

—¿En qué consiste?

—Pues mira: llegué a mi casa no me acuerdo cómo, con el estómago revuelto y... bueno, hice las dos cosas, ¿no?

—Sí.

—Pues en esto que me dio una arcada y me puse a potar. Cuéntalos: uno, dos y tres, tres agujeros.

—¡Qué cerdo, macho! —le recriminó Paco.

Pero por muy cerdo que fuera Antonio, minutos después de que Mónica llegase, Paco, que se llevó a la cama el frío en los huesos, decidió calentarse bajo las sábanas con un pedo caliente y denso que se fue lentamente distribuyendo de manera uniforme a su alrededor. Levantó un momento el embozo e introdujo la cabeza y se admiró y, tras pensar que a nadie le da asco de nada de uno mismo, recordó las situaciones de esta suerte que a él se le repetían a diario, «Seguro que como a todo el mundo», pensó, y se imaginó dos ejemplos. Poco después, embebido en un ambiente de temperatura idónea, consiguió conciliar el sueño y se durmió.



Tres días después, el miércoles, Paco salió de clase, como tantas veces, antes de la hora debida, pero hoy no con el deseo de encontrar a tres amigos ociosos para echar un mus y jugarse los botellines, sino con el fin de adelantarse a la tarea que se autoencomendó Antonio —que no pudo hacer por haber perdido ya varias mañanas en organizar y entregar unos papeles para que le concedieran la exención por pies planos del Servicio Militar y en resolver otros trámites burocráticos para su padre— y confirmar la existencia en la nómina de la Universidad del tal Juan Ruiz. En caso afirmativo, procuraría averiguar de paso la fecha y hora del homenaje a Marciano Bertini. Confiando en que el viento que soplaba se le aliase para no encontrarse a nadie que quisiera invitarle a algo y departir con él, cruzó hasta la Escuela de *Telecos* protegiéndose cuello y media cara con las solapas de su abrigo. Avanzó por un pasillo hasta el pabellón de Industriales y, en su conserjería, preguntó por la ubicación del despacho de Juan Ruiz.

—Segunda planta. Despacho veintitrés —le dijo una bedela madurota de muy buen ver.

Sin saber por qué, seguro de que lo reconocería aun sin haberlo visto nunca, como ya le pasara a Antonio con Orlando, Paco subió en el ascensor hasta el piso que le indicaron y comprobó que, efectivamente, junto a la puerta veintitrés, un papelito insertado en un sujetapapeles de metacrilato anunciaba el horario de tutorías de Juan Ruiz. Después se entretuvo en mirar los tablones de anuncios que poblaban las paredes contiguas a los despachos. En varios de ellos encontró la siguiente nota informativa:

*El Secretario de la E.T.S. de Ingeniería Industrial de la
Universidad de Castilla-La Mancha
SALUDA*

a los profesores y P.A.S. de esta Escuela, y les comunica que el próximo viernes 14 de enero, a las 21 horas, tendrá lugar la cena-homenaje con motivo de la próxima jubilación de nuestro director y compañero, Marciano Bertini, en el restaurante Palacio de esta capital, a la cual quedáis todos invitados (precio del cubierto: 3500 ptas). Podéis retirar la invitación en esta Secretaría hasta el día 13.

*Luis Gómez-Montoy Acevedo
aprovecha gustoso la ocasión para reiterarle
el testimonio de su consideración más distinguida.*

«Esto ya es increíble», pensó y, con la precaución de no ser visto por nadie, anduvo hurgando con un bolígrafo por el pequeño espacio que separaba los dos cristales que, merced a una cerradura de quita y pon, protegía el tablón solitario que eligió. Intentó descolgar la chincheta que fijaba el papelito, pero con el bolígrafo sujetado por un extremo mediante las terceras falanges de los dedos índice y corazón apenas llegaba a rozarla. Sacó un poquito la capucha, logrando así unos milímetros más de acceso, pero con un movimiento más limitado debido al riesgo de perderla, como así pasó. Cuando la capucha cayó inaccesiblemente al interior, Paco fue recorrido por un estremecimiento, pues la emoción contenida de ese acto ilegal le hizo creer que alguien le había puesto, por detrás, la mano en el hombro. «¡Ay!», dijo con liberación, «qué susto». Miró a su diáfano alrededor y desentumeció los brazos con unas sacudidas ondulatorias. «Yo esto no lo he hecho nunca», dijo, y sacó de su cartera un clip que siempre llevaba por si tenía que mantener unidos algunos apuntes que hubiera tenido que fotocopiar inesperadamente. Lo estiró y metió lo que pudo un extremo por la cerradura, haciendo un movimiento circular y empujando el mecanismo a izquierda y derecha. Escuchó pasos que subían por la escalera y disimuló. Se trataba de un bedel.

—¿Me dejas un momento? —pidió a Paco, que se hizo a un lado. A continuación, abrió la cerradura y separó las dos puertas de cristal, pinchando acto seguido unas listas con más suspensos que aprobados.

—¡Ugenio! —le gritaron desde abajo cuando ya se disponía a cerrar los cristales—. Baja un momento, que tienes que colgar otros papeles.

Y Ugenio, tras quejarse y comentarle a Paco que ya se lo podían haber dicho antes de subir, se alió involuntariamente con él y bajó murmurando una plan-

ta sin cerrar el tablón. Paco, pensando que todo era muy casual como para que no estuviera preparado por el resto del mundo, retiró sin temor la cuartilla que le interesaba sintiéndose una ficha de ajedrez que otros movían. «Bueno, que jueguen con nosotros, pero yo cumplo mi misión».

Por el camino a casa lo leyó una vez y lo observó en varias ocasiones como el botín de un furgón recién asaltado.

—¿Has *echao* ya lo de la mili? —preguntó a Antonio cuando llegó.

—Sí. Ya está el Estado enterado de mi situación —contestó, imaginándose que su acto administrativo en la caja de reclutas ponía en marcha una inmensa maquinaria hasta entonces parada, que comenzaba a arrancar lentamente y cuyas bielas empezaban a coger poco a poco velocidad para resolver su petición, entre chorros de vapor y ruidos de silbato. Y complementó esta metáfora moviendo los brazos y los hombros de manera parecida al modo en que imitamos a un tren arrancando—. Así interpreto yo eso que llaman «los aparatos del Estado». Me imagino también una sala enorme llena de funcionarios pasándose papeles: «Este es el asunto de Antonio Barajas. Hay que resolverlo» —y siguió haciendo movimientos.

—Me parece bien. Bueno, pues yo he ido a tu Escuela... bueno, a la de Industriales, y efectivamente existe el Juan Ruiz y se jubila el Bertini. Mira —y le mostró el papel hurtado.

—Hostia, esto se pone al rojo vivo —dijo tras leerlo—. O sea, que la cena es... este viernes. Pasado mañana.

—Sí. Luego por la tarde voy a llamar a Juan Ruiz y le voy a contar todo lo que pasa.

—No, no. No le llames todavía. Espérate al viernes o al sábado, como teníamos previsto —aconsejó Antonio.

—La verdad es que sí, que es mejor. Pero es que estoy deseando, macho.

—Ya. Y yo. De todas ya veremos si el capullo te hace caso.

—Hombre, si no, me acerco a su despacho el lunes y le enseño el cuento —precisó Paco con seguridad.

—Vale —contestó Antonio conjugando mientras tanto un gesto de prudencia, enseñándole a Paco la mano abierta—. Pero tú no digas mi nombre, que ahí en mi Escuela todos los profesores se conocen y no quiero que se corra la voz y haga el ridículo.

—Ya, hombre. No soy gilipollas.

—Si ya lo sé. Por cierto, Paco, ¿has pensado un nuevo enigma de esos para el programa, como el otro te dijeron que de momento no?

—Sí, ya lo tengo hecho. Es también de ese tipo, un texto con una frase dentro.

—Pero no necesitaré cuadrícula ni leches de esas, que si no tampoco lo vas a poder poner.

—No, coño. Ya te lo enseñaré. ¿Comemos?

—Sí, pero dime primero la solución del otro, anda.

—Pues es muy fácil. ¿Tú sabes lo que es un acróstico?

—Un acróstico no; pero un acrónimo sí.

—Bueno, yo te digo un acróstico. Un acróstico es cuando tú escribes, por ejemplo, una poesía y, al leer verticalmente la primera letra de cada verso, obtienes una frase con sentido.

—Anda joder. ¿Y eso era?

—No exactamente. Lo que hay es un acróstico escalonado en la diagonal del cuadrado. Espera —dijo Paco, y fue a su habitación y regresó con el papel—. Mira, ¿ves?, léelo: «Hay un acróstico escalonado» —le dijo, indicándole el recorrido con el dedo—. Ése era el tema.

—Es verdad. Qué guay —contestó Antonio, y más o menos silabeó así—: «Hay-un-acrós-ticoes-calonado». Anda, pues estoy pensando una cosa.

—¿El qué?

—Que a lo mejor no has sido tú el que se inventó el enigma.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Pudo ser Orlando el que se lo inventara y te atribuyera su invención en la novela haciéndote de paso quedar bien. Habría bastado que tú lo vieras en la novela, lo copiaras y dijeras que se te había ocurrido a ti.

—Eso no puede ser, porque, además, en el libro aparece antes de que yo empezara a leerla... Bueno, si te acuerdas, la empecé y la dejé sin saber que era importante. Que yo hice el enigma sin trampa, vaya.

—¿Seguro? —preguntó Antonio burlonamente.

—¡Anda coño! —contestó indignado—. A ver si no escribiste tú el cuento del puente, que ahí sí que yo no había empezado a leer y tuviste tiempo de meterme el perro y engañarme.

—Eso no, te juro que no —se defendió—. Pero lo tuyo puede ser otra cosa.

—¿El qué?

—Pues que el enigma se lo inventara Orlando, pero lo cediera a tu creatividad sin tú saberlo. ¿Me entiendes?

—Sí, pero eso es como decir que mi padre es Orlando y que el mío nunca existió y que yo ni estudio Filosofía ni nada, y que aparte de lo que aparece de mí en el libro, yo no hago nada más, no tengo vida por ahí.

—Ya, puede ser que lleves razón —y se quedó pensativo para añadir—: pero fíjate que no vamos a saber nunca hasta qué punto qué cosas de nuestra vida son fruto de Orlando o de nosotros mismos; es decir, en qué porcentaje somos tú y yo dueños de nuestros actos.

Paco se agobió y pidió a Antonio que comieran ya y que dejaran de calentarse la cabeza.

Tenían macarrones y palitos de merluza como menú. Decidieron aquel día variar en algo su constante almuerzo y Antonio sacó de un armario una botella de vino Valdepeñas, reserva de 1988, que regalaron a su familia por Navidad y que hábilmente descuidó de su emplazamiento en casa.

—¡Hombre, reservita ochenta y ocho! —dijo Paco mirando la etiqueta de la botella. Cuando Antonio la descorchó y los dos se sirvieron, tontearon oliéndolo y catándolo y haciéndose gestos bromistas que querían parecer de expertos y que significaban «Qué bueno está».

A mitad del primer plato oyeron un estruendo de sirenas que venían de lejos y se detenían frente a su casa.

—Voy a ver qué ha *pasao* —dijo Antonio.

Se asomó a una ventana y vio a una multitud que resultó muy ruidosa en cuanto corrió el cristal; había también un coche de la Policía Local atravesado en

la calzada y un furgón-ambulancia de color amarillo chillón con las puertas traseras abiertas de par en par. Un guardia desviaba el tráfico hacia una calle aledaña y el personal sanitario trataba de reanimar a un hombre que yacía en el asfalto.

—Voy a bajar a ver —informó Antonio—, que hay policías y una ambulancia.

—Como quieras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Antonio a Manolo, el del Copito, que estaba abajo, en el exterior del tumulto, intentando otear con la cabeza alta y su mandilillo blanco cogido de la cintura.

—El Orlando, que se ha vuelto a tirar.

—¿El Orlando? ¿Y qué le ha pasado?

—Pues parece que ahora ha tenido menos suerte —dijo sin mirarle, con las manos juntas y unidas en la parte trasera de la espalda—. Hombre, matarse no se ha *matao*, que yo lo he visto respirar —y aquí sí giró la cabeza hacia su interlocutor y levantó un índice explicativo—; pero se ha dado fuerte, el pobre.

Antonio miró hacia su ventana y vio a Paco asomado. Éste le miró, y Antonio le hizo un significativo gesto agitando la mano de arriba abajo. Subió corriendo.

—Se ha tirado Orlando Azcárate. Y se ha dado bien —dijo Antonio.

—No jodas.

—De verdad.

—¿Se ha *matao*?

—Me ha dicho Manolo que no.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Buscamos a Juan Ruiz?

—Buff, no sé. Creo que es mejor que nos esperemos. Yo creo que Orlando quiere que nos esperemos a que termine la historia de Juan Ruiz.

Después de comer, Antonio se puso un delantal, que le tocaba aquel día fregar los platos. Paco, mientras tanto, lo miraba. Esperaba, fumándose un cigarrillo con el culo descansando en la encimera, a que saliera el café que había puesto en el fuego. Tras una fuerte calada que disminuyó el recorrido útil de tabaco en unos tres milímetros, añadió:

—Estoy acojonado, Toni. Parece una frase de documental de la Transición, pero es que los acontecimientos toman un ritmo vertiginoso. Si... si se muere Orlando, igual nos morimos nosotros.

—Yo también lo he pensado —y se volvió a Paco sosteniendo un plato en una mano y el estropajo verde enjabonado en la otra—, pero me he callado para no asustarte, capullo.

XIII

Dejaron pasar el jueves y el viernes con mucho miedo. Mónica les notaba extraños a los dos, aunque sus pesquisas por averiguar el origen de esa rareza no encontraron respuesta ni en Paco ni en Antonio. Éste alegó sentimiento de culpa y remordimiento de conciencia, pues desvió cuatro de las siete mil pesetas que su padre le había ingresado expresamente para comprar un libro imprescindible, en la adquisición de música, tebeos y otros objetos en un comercio de artículos de segunda mano. Con las otras tres, y algo más que añadió de su propio pecunio, compró a Mónica un compacto de su cantautor favorito.

Antonio no se concentraba para estudiar, que ya tenía los exámenes cerca y los contenidos de sus asignaturas eran muy fuertes. Contrariado por todos estos motivos, decidió desquitarse de ellos e intentó aquella noche escribir un nuevo cuento, una nueva «historia real» que ya no se llamase así. Comenzó, por la cara limpia de un folio que en la otra tenía el planteamiento de un problema abandonado a medias que no supo resolver, escribiendo lo siguiente:

«Se llamaba Ricardo, pero todos le decían Ric, y él firmaba así pero con una k al final».

No halló cómo seguir; nada más se le ocurrió para añadir a la frase que acababa de escribir y que pudiera integrar formando un texto con coherencia e interés. Arrugó el papel y acertó con él en la papelera; contempló desde su silla la pelota que formaba, pensando con desazón que a lo mejor lo suyo era el balon-

cesto —para comenzar en el cual se sentía con unos años de más— y no las disciplinas de letras y ciencias que profesaba y de las que el papel arrojado, a modo de resumen especular, mostraba sendos fracasos. Se alegró, no obstante, de que se le hubiera ocurrido este pensamiento y supuso que acababa de inventar el concepto de papel-espejo, y con algo más de ánimo lo recuperó de la papelera y lo estiró, pues lo consideró de repente como un hito importante de su vida. «Podría hacerme escritor de cuentos inacabados», pensó, «y éste de Ric sería el primero de la colección». De este modo, suponiéndose inventor de este nuevo género literario, tomó un taco de folios limpios y encabezó cada uno con un título y un breve apunte por si algún día cambiaba de opinión y deseaba desarrollarlos. En el primero escribió «La máquina para grabar olores», y trataría de la lucha de los servicios de contraespionaje de las grandes potencias mundiales por conseguir este invento, constituyente de una poderosa arma; en el segundo, «El hombre que inventó un color», que podía hablar de un pintor de brocha gorda que se hace rico cuando, tras mezclar en un bote ciertas pinturas, obtiene un tono nuevo, nunca visto, entre el blanco y el negro, pero no amarillo, ni rojo, ni azul, ni violeta. El tercero sería «El hombre que se suicidó por curiosidad», que versaría de un individuo, quizás el pintor de antes, que, obsesionado por los misterios de la muerte y lo que en ella se pudiera encontrar, vence un día al instinto innato de supervivencia y se quita la vida para adelantarse al resto de mortales y conocer la verdad de primera mano. Quizás se lleve un corte al morir, pues encuentra que no hay vida, ni resurrección, ni reencarnación, ni nada, y se queda lamentándose, paradójicamente, toda la eternidad, por el chasco que se había llevado.

Paco, mientras tanto, simplemente pasaba de sentarse a leer apuntes o libros, y cuando Antonio se congratulaba por la última idea descrita, salió de la casa con una compra que ya tenía hecha y se presentó con ella en el piso del Urbas: un whisky de menos de quinientas pesetas los tres cuartos de litro y una botella de refresco de cola marca «Toff».

—Esto nos va a dejar un resacón impresionante —le advirtió el Urbas mientras Antonio, ya entretenido en otros menesteres en su habitación a varias manzanas de allí, leía el título, que en un principio calificó de «capicúa», de esta novela. «Coño», se dijo, «se lee igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda». Buscó la palabra exacta en su diccionario de sinónimos, que le andaba rondando, sin descubrirse, en la punta de la lengua: «Palíndromo», leyó. «A ver si construyo yo uno», se dijo y, en quince minutos, halló éste, que dejó, solitario y grande, en el centro de un papel:

«SIN FIN, NI F, NI S».

Lo admiró unos minutos y lo imaginó al cabo como un nuevo título de un nuevo cuento que, por su redacción, careciera de final y de las letras indicadas, y eran las cuatro de la mañana cuando se dio por vencido con los pasajes siguientes, que situó en ambos lados de una cuartilla y cuyo título cambió, por imposibilidad de encontrar un texto con las propiedades deseadas, a «SIN PRINCIPIO NI FIN». Le agradó, sin embargo, y nuevamente se consideró inventor de otro género, el de los cuentos que llamó en ese instante «pseudopalindrómicos», que son aquéllos, según una definición que fue improvisando, que se pueden comenzar a leer por cualquier página de las dos únicas de que constan y cuya lectura puede, si se desea, no terminarse nunca.

tanto se querían que les parecía que les sobrara el resto del mundo: pasaban juntos todo el día, nunca separaban sus cuerpos, manteniéndose siempre cogidos de la mano, dejaron de ir a ver a sus familias, olvidaron a sus amigos y al trabajo, formaban un universo autosuficiente, y el exterior dejó para ellos de existir y llegó un día en que dejaron de hablar porque ya se habían contado todo y su vida se redujo a silencios y caricias que se fueron convirtiendo poco a poco en tedio, en aburrimiento, en monotonía, y aquella vida siempre juntos les fue conduciendo a encerrarse en una soledad eterna que les disgustaba, que les precavía, que les molestaba, que no querían, sin sentido para ellos;

decidieron entonces terminar ahí su relación y regresar a su mundo exterior, y volver a la familia, y a los amigos y al trabajo, y disfrutaron algún tiempo de la vida normal, con sus padres y hermanos, él con las partidas de ajedrez y ella con sus conversaciones en el café, pero llegó el día en que empezaron a añorarse recordando los felices momentos en que el amor les unía y un día de enero decidieron que no podían más, porque aquella vida separados no tenía sentido, faltaban sus voces sensuales, sus caricias, sus besos y el roce constante de sus manos, y coincidieron él hacia casa de ella, ella hacia casa de él, y volvieron a amarse tanto como antes, con la misma dicha, y

Tal y como le había advertido el Urbas, Paco no pudo, efectivamente, levantarse al día siguiente y cuando lo hizo lo pasó muy mal: sequedad de boca, dolor de cabeza, flojedad de piernas y acidez y angustia inútil en su estómago vacío. Quería haber ido esa mañana a la Casa de Cultura a sacar nuevamente el libro de cuentos de Orlando, que devolvió, como se recordará, tan sólo unos días antes.

—Ve tú, tío —le pidió a Antonio desde la cama, con una voz que le salía de las entrañas.

—No tengo carné.

—Te lo hacen en el acto. Dos fotografías y el D.N.I.

—Que te mejores. ¿Te traigo una aspirina?

—No. Migraleve. Ahí, en el cajón de mi mesa.

Tras salir de la Casa de Cultura con su libro y las ventajas de socio recién adquiridas, Antonio subió en el coche y recogió a Mónica en su casa. Fueron juntos a la Escuela, y él la convenció para buscar a dos cualesquiera que les invitasen a café, tras una segurísima victoria al mus. Se enfrentaron a Hermilo y a un amigo de éste en una mesa próxima a la barra y Antonio escuchó cómo un grupo de profesores se pedían entre sí la confirmación a la asistencia a la cena. «Esto ya es demasiado, nos los ponen por todas partes», comentó Antonio, que se veía rodeado y dudó un instante de encontrarse en su sano juicio. «¿Tantos reyes llevas?», le preguntó Hermilo fuera de su contexto. «No, no, dame cuatro», le contestó, y luego dijo para sus adentros: «Por lo menos Orlando nos lo pone todo cerca». El profesor más joven, ataviado con vaqueros y un jersey fino de lana con pelotillas en los brazos, preguntó a los demás por el atuendo que más convenien-

te era llevar al acto social. «Tú ponte lo que te salga de los huevos», le contestó el cabrón de Materiales que suspendió a Antonio el año anterior, y que éste le pondría en las actas un «No presentado».

—¿Y por qué «No presentado»? —se preguntaron Antonio y Paco al final de ese viernes, cuando leyeron, juntos, el fragmento anterior—. Igual es que vamos a palmarla —y se miraron.

—Ahora tienen que estar tomando el postre —aventuró Paco mirando el reloj a las diez y cuarto—. Yo creo que teníamos que llamarlo a su casa a las once.

—No, vamos a esperar. Vamos a esperar a mañana. Mañana por la mañana lo llamamos; pero hoy, no. Que no va a estar *y igual* despertamos a su mujer o a los hijos.

—Bueno, vale. Esperemos.

Estuvieron un rato sin hacer nada, uno cruzado de brazos y otro con las manos en las rodillas, sentados en el sofá del salón, sin ver la tele, sin escuchar música, sin hablar, sin leer, creyendo que ésa era la forma genuina de hacer una espera. «Así se hace una espera de cochinos», pensó Paco, recordando alguna cacería en el coto social a la que había asistido con su padre haciendo funciones de secretario. Y «Esto es espera inactiva», recordó Antonio, que el año anterior había estudiado la asignatura «Diseño de Sistemas Operativos» y había aprendido este concepto, «y la espera inactiva no conduce a nada».

—Pues Mónica se ha ido a su pueblo —dijo Antonio.

—No recuerdo habértelo preguntado.

—Bueno, no seas cabrón, es por hablar de algo.

—Es broma, hostia. ¿Y *pa* qué se va, si hace nada que ha venido de vacaciones?

—Yo qué sé. Se iban sus padres a una boda este fin de semana y creo que se tenía que quedar con su hermanilla.

Continuaron hablando de cosas así, que los novios se cuentan porque les interesan pero no los amigos, y luego comentaron que había muchos carteles por el campus que anunciaban el programa de Paco y que Radio Popes se había *enrollao* con la promoción.

—Sí. La verdad es que estoy muy contento.

Al rato se metieron en sus cuartos a estudiar. A la una, Paco se pasó por la habitación de Antonio.

—¿Bajamos a llamar a Ruiz?

—Que no, coño, cómo vas a llamar a estas horas. Vete a acostar tranquilo, joder. Mañana lo llamamos.



A las doce o doce y media, Paco y Antonio bajaron a la cabina próxima a su casa para llamar a Información y preguntar el número de Juan Ruiz.

—Pero tú verás —le dijo Paco a Antonio—. Que no habrá «ruices» en Ciudad Real. A ver si diciendo que es ingeniero... ¿Tienes cinco duros?

—Información es gratis desde las cabinas.

Paco tecleó el resabido 003:

—Hola, ¿me podría decir el teléfono de Juan Ruiz, que es ingeniero?

—[...]

—No, el segundo apellido no lo sé.

—[...]

—Bueno, gracias —contestó a la operadora—. Nada, que no me lo puede dar, que hay varios juanes ruices y que de ninguno pone que sea ingeniero.

—¿Vamos a que nos deje Manolo las páginas amarillas y busquemos en «Ingenieros»?

Ahí tuvieron más suerte. Su nombre venía incluso resaltado en negrita: Ruiz Corchuelo, Juan. Pidieron dos cañitas y, mientras se las tomaban, anduvieron pensando qué decirle. Por fin, se decidieron por que Paco marcara y hablara. Pero estuvieron en el bar hasta la una y media, tomando cañas sin solución de continuidad y parecía no haber nadie en el otro extremo del hilo. Y después de comer tampoco lo cogieron, ni bien entrada la tarde, y ya por la noche decidieron no probar para salir con los amigos a tomar algo por ahí. A las dos, Paco propuso a Antonio retirarse a dormir:

—Vámonos, que mañana tenemos mucho que hacer.

—¡Anda joder! Pareces su novia —le dijo Hermilo—. Déjalo que se quede.

Pero Antonio regresó a casa con Paco sólo unos minutos después. Al día siguiente, domingo por la mañana, tampoco contestaron al teléfono en casa de Juan Ruiz: ni a las nueve, cuando Paco bajó nuevamente a comprar churros y el periódico con suplemento; ni a las doce, cuando Antonio bajó para recoger unos zapatos del zapatero. Pero sí a las dos, cuando ambos bebían dos cervezas en el Copito y Paco volvió a intentarlo:

—¿Podría ponerse Juan Ruiz? —y le hizo a Antonio gestos repetidos señalándole el teléfono.

—[...]

—Mmm... Francisco López, un compañero suyo —contestó a su interlocutora—. Hola, ¿Juan Ruiz?

—[...]

—Mire, soy Francisco López, un alumno de su Escuela, usted no me conoce...

—[...]

—Verá, usted perdone. Tengo algo que le puede interesar —le dijo, en el más puro estilo del cine negro.

—[...]

—No se lo puedo decir, pero le aseguré que le interesa mucho. Es algo que tiene que ver con el señor Bertini.

—[...]

—Sí, con Marciano Bertini. Vaya esta tarde, a las ocho, al Café La Unión. Adiós, hasta la tarde —y colgó.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Antonio.

—Nada, que [...] —dijo, haciéndole un juego psicológico, sólo posible en la literatura—. Se ha puesto su mujer y luego él; le he dicho que se trata de algo que tiene que ver con Bertini, pero no le he dicho qué. Hemos quedado esta tarde a las ocho en el Café La Unión.

—¿Y va a ir?

—Yo qué sé. Espero que sí; si no, le llamamos otra vez esta tarde.

—¿Cómo lo vamos a reconocer?

—Hostia... pues no he caído.



Así que a las siete y media ya estaban Paco y Antonio sentados en mesas separadas en el lugar de la cita. Paco se había llevado esta novela, el libro de cuentos y los artículos que consiguió en la Casa de Cultura. Ambos confiaban en que no apareciese por allí algún amigo que les fastidiase la situación. A las ocho menos cinco entró un hombre con gabardina y audífono moviendo la cabeza a derecha e izquierda, como buscando a alguien. Se acomodó en un taburete de la barra y pidió un café. Paco y Antonio se miraron y con una leve inclinación de la cabeza se dijeron «Ése es nuestro hombre». Paco se puso a su vera y lo abordó:

—¿Juan Ruiz?

—¿Francisco López?

—Sí, señor. Llámeme Paco. Venga a la mesa, si no le importa —Juan se llevó su café a la mesa de Paco—. Puede quitarse el audífono si quiere, que estamos en confianza.

—¿Cómo?

—Que se puede quitar el audífono, que hay confianza. Verá —dijo, y le mostró el libro de cuentos abierto por el que contaba su historia—. Lea un poco, por favor.

El asombro de Juan Ruiz fue mayor, si cabe, que los de Paco y Antonio, pues era ya un hombre de vuelta de todo, sabedor de la vida, experto en las disciplinas que enseñaba y en algunas más, que había pronunciado conferencias en lugares remotos, que dirigía doctorados e impartía cursos de postdoctorado, que era admirado en su Escuela y en otras varias de España y Europa, asiduo colaborador de revistas y congresos científicos internacionales.

—¿Y esto? No, no... no entiendo —preguntó.

—Ni yo. Pero siga leyendo, que no tenemos prisa —a la media hora de lectura ininterrumpida, Paco pidió excusas al profesor y llamó a Antonio, aburrido en su esquina, a la mesa.

—Y éste, ¿quién es? —preguntó Juan Ruiz al verlo.

—Es mi compañero de piso. Él es tan importante como nosotros. Antonio, Juan. Juan, Antonio —se estrecharon las manos y Juan continuó leyendo. Un rato después, como Antonio observó que el camarero les miraba desde la barra con cara de pocos amigos, se acercó hasta él y se trajo tres cervezas, equivalentes, parecía ser, a otros tres cuartos de hora con derecho a ocupar mesa.

Más tarde, cuando Juan Ruiz leyó la circunstancia en que confesó su verdad a Marciano Bertini, les dijo: «Pero... si anteayer mismo fue la cena», y continuó de un tirón hasta el final.

—Esto... no puede ser —dijo Juan al terminar, y miró, como ya hicieran en su día Paco y Antonio, la fotografía de Orlando Azcárate en la solapa del libro. Luego miró y leyó la portada, cerrándolo a continuación—. Ayer murió, el pobre. Y hoy lo hemos enterrado.

Paco y Antonio se miraron mutuamente y luego al profesor.

—¿Co co cómo?

—Que esta mañana lo hemos enterrado.

—No puede ser —intervino Antonio—. Esto es muy peligroso. Verá: así como usted y don Marciano son los protagonistas del cuento, Paco y yo lo somos de... déjame, Paco, de esta novela —y la puso sobre la mesa—. Puede que... Nosotros... A ver, un momento, a ver cómo le digo... Nosotros tres somos perso-

najes de Orlando, él escribe de nuestras vidas sin conocernos, es una especie de adivino, ¿me entiende?

Sin dar tiempo a que Juan Ruiz contestase, Paco dijo:

—Somos personajes de ficción, de mentirijillas —y miró a Antonio.

—Pero esto es... no sé, no me lo puedo creer —dijo Juan, y se quitó por fin el audífono y lo guardó en un bolsillo—. Siempre me ha estorbado este aparatejo, pero sigo con él puesto por mi mujer —miró acto seguido la fecha de publicación del libro de cuentos y la de ingreso en los fondos de la Casa de Cultura—. O sea, que esto lleva ya por lo menos dos años escrito.

—Verá, Juan —dijo Antonio—, se lo hemos enseñado porque, verá, nosotros estábamos ya acojonados por la novela, y sacamos el libro de la biblioteca y leímos este cuento. Entonces nos enteramos de que la cena por don Marciano era ahora en enero, eso sí lo sabíamos, que lo dice el cuento, como usted ha leído, y hemos estado esperando desde antes de Navidad a poder enseñárselo. Pero lo malo de la novela es que la hemos descubierto muy pronto, cuando todavía nosotros no hemos llegado al final. Diariamente nos da miedo leer más allá del «día de hoy», de adelantarnos a nosotros en nuestros propios días. Paco y yo somos personajes de Orlando... Y, no lo he leído, pero supongo que, desde hoy, también usted. Tenemos que hacer algo.

—Orlando es de aquí, de Ciudad Real —añadió Paco—. Nosotros somos de pueblo, y él vive en frente de nuestra casa. Vea estos artículos de prensa —se los enseñó—. Hemos estado investigando la vida de Orlando. Verá, es escritor. ¿Ve aquí, estos dos recortes, que dicen que se ha intentado suicidar en dos oca-

siones y que se ha salvado de suerte? Pues bien, el otro día se tiró desde la azotea de su casa. Y lo malo es que ahora no cayó en blando.

—Bueno, chicos —dijo Juan—. Esto es... bueno, ya sabéis. Mi mujer me habló de un joven que se tiró y que ingresó en coma en el hospital. Tiene que ser Orlando. Parece que está muy grave. Luego no sé, no me ha vuelto a hablar de él.

—Es que, Juan —explicó Antonio—, tememos una cosa: que si Orlando muere, muramos nosotros, que somos sus... ¿Entiende usted algo de Informática, de procesos y sucesos?

—Algo.

—Pues eso, que él es como un proceso padre, y ya sabe usted que si muere el proceso padre, mueren sus procesos hijos.

—Ya, ya, ya me doy cuenta. Mirad, dejad que me lleve la novela y que me la lea esta noche. Espero que para mañana se me ocurra algo. Quedamos aquí mañana, a la misma hora.

XIV

—¿Qué? ¿Se le ha ocurrido algo? —le preguntó Paco—. ¿Hasta dónde ha leído?

—Pues lleváis razón en eso de que acojona —contestó Juan—. Leí hasta ayer, hasta el final del capítulo trece. Y era verdad lo que decías, Antonio: a mí también me ha metido Orlando en el meollo. Está escrito todo lo de ayer: las veces que intentásteis llamarme por teléfono, nuestra reunión aquí... en fin, todo. Leed.

Paco y Antonio estuvieron leyendo durante un rato desde el punto último en que dejaron de hacerlo hasta exactamente esta frase, que describe cómo Juan Ruiz repasaba el cuento que él protagonizaba y cómo se sonrojaba al releer el modo en que Marciano Bertini le informó de que hacía años que lo sabía todo.

—No se ponga usted rojo —le dijo Antonio—, que lo estamos leyendo.

—Qué le vamos a hacer —respondió con resignación.

—Bueno —intervino Paco—, ¿por fin se le ocurrió algo?

—Sí. A ver qué os parece: yo he pensado que, bueno, aunque seamos de carne y hueso, somos de la carne y el hueso que nosotros tenemos; es decir, de nuestro propio material. O sea, que dos muñecos de papel se dirán entre sí «somos de carne y hueso», porque para ellos la carne es papel y el hueso es papel. Lo que quiero decir es que somos sin duda personajes de mentira, y probable-

mente moriremos si muere Orlando. Pero de momento no os preocupéis, que aún está vivo. Aunque ha empeorado.

—¿Cómo lo sabe? —preguntaron a la vez.

—Me lo ha dicho mi mujer.

—¿Es que se lo ha contado? —preguntó Antonio.

—No, por Dios. Le he contado una historia muy rara: que si fue alumno mío y que lo aprecio mucho y tal. En fin, que ella de lo nuestro no sabe nada. Sigo, y aunque os parezca una tontería lo que os voy a decir, escuchadme hasta el final, por favor. Veréis: a mi padre, el pobre, le gustaba mucho escribir, como a ti, Antonio, y a veces escribía cuentos, poemas... Bueno, pues recuerdo que, cuando yo tenía diecisiete o dieciocho años, escribió una novela que mandó a algún concurso y que nunca le premiaron. Como su deseo era verla publicada y por esta vía no lo conseguía, decidió un día acercarse él a una imprenta y encargó que le imprimieran, en papel de calidad y todo, pues no sé si treinta o cuarenta ejemplares, que encuadernó en tapa dura y se le quedó muy bonito, como un libro de verdad. Aquello le costó un pastón; mi madre le echó una bronca que ni os cuento. Pero bueno, a mi padre le daba igual porque él tenía ya su novela publicada —bebió un trago—. Pues envió un ejemplar a su hermano, otro a algún amigo, otro a mi abuelo... pero vamos, éste, como si nada, porque mi abuelo vivía en mi casa, y allí teníamos los que queríamos. Bueno, pues repartió tan pocos que si se hizo treinta, veinticinco o más se quedaron en mi casa, guardados en un arcón enorme que teníamos en el trastero del ático. Yo me acuerdo de que la verdad, y perdona, padre —dijo mirando al cielo—, es que la novela era malísima, muy aburrida y tenía frases hasta mal redactadas. Claro, que nunca se lo dije. Ya ni me acuerdo de la

historia. El protagonista era un tal Menéndez, o Méndez, o Meléndez, no sé. En fin, que mi madre ya había muerto cuando lo hizo mi padre y luego, cuando mi mujer y yo, porque no tenemos hijos, nos vinimos a Ciudad Real a vivir, vendimos la casa de mis padres: dejamos en ella algunos muebles, otros nos los trajimos a la casa de aquí, otros se los dimos a mis cuñadas y otros los vendimos; entre ellos, el arcón que contenía los libros de mi padre, porque el trastero estaba muy sucio y queríamos dejarlo diáfano y pintarlo para que el comprador lo viera presentable. Resulta que el arcón estaba muy viejo, muy sucio, cerrado con un candado, y sin mirar su contenido lo montamos en una furgoneta y se lo vendimos a un trapero, que nos dio cuatro perras por él. Recuerdo que, al llegar a la chata-rrería, se nos escapó el arcón al intentar bajarlo de la furgoneta, y cayó al suelo y del golpe se rompieron las bisagras y se abrió, desparramándose todos los libros que había guardados: los de mi padre y otros más viejos que allí había. Estaban llenos de polvo, y me agaché para coger uno de los de mi padre, que ni me acordaba que estaban allí, y me dio mucha añoranza y me dieron ganas de quedarme con uno; pero el trapero se creyó que me agachaba para recogerlos todos o algo así, y me dijo «Déjelo, usted no se moleste, que ya lo hago yo», y a mí me dio vergüenza y lo dejé, y al final no me traje ningún libro. Bueno, pues lo que os quiero decir con esto es que, imaginaos si querría yo a mi padre, ¿no?... que por cierto, Paco, siento mucho lo del tuyo.

—Gracias.

—Bueno, que daos cuenta de que ni yo mismo me acuerdo ni de qué iba la novela de mi padre, ni de cómo se llamaba el tío. El caso es que, para mí, y para

vosotros, que ni siquiera lo conocisteis, Méndez, o Meléndez, está muerto, completamente muerto.

Antonio y Paco se privaron ante esta reflexión y Juan quiso romper el hielo pidiendo tres cervezas más. Antes de que llegaran siguió adelante con su discurso:

—Pero no os preocupéis, fijaos en esto: Cervantes murió en 1616 y don Quijote todavía sigue vivo en nuestras cabezas, en nuestros corazones. Como Hamlet, que cada dos por tres nos meten la película en televisión. Incluso la obra de Kafka se hizo famosa después de que éste muriera...

—Pero no podemos correr este riesgo —precisó Antonio.

—Efectivamente, no podemos. Tenemos que inmortalizar a Orlando Azcárate antes de que nos *mortalice* él a nosotros.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? —preguntó Paco.

—Muy sencillo porque, además, no tenemos mucho tiempo: es posible que Orlando no salga de ésta. Tú, Paco, comienzas mañana tu programa de radio. Tienes que hablar de este libro y recomendar la novela, ponerla por las nubes... y los cuentos, y todo... a Orlando, habla de Orlando como si lo conocieses, hazlo famoso. Tú, Antonio, déjasela a Mónica, que la lea, que la deje a sus amigas, a todo el mundo... escribe al periódico, llama a la radio, que todo el mundo se entere de que estamos aquí.

—¿Y usted? ¿Qué va a hacer usted? —dijo Antonio.

—Yo le he dado esta tarde a Pepe Capdevilla, el director de «La Gaceta Manchega», que es amigo mío, un artículo que va a salir mañana.

—Pero qué corte —indicó Paco—, que todo el mundo nos señale por la calle y sepa si Antonio le echa un polvo a Mónica o deja de echárselo, o si yo me la casco al levantarme o después de cenar, o si usted se está cagando...

—Bueno, lo último no lo pone —precisó Juan, y Paco, que había ido siguiendo línea a línea, palabra a palabra, la conversación que ahora vivían, le señaló la línea descriptora del instante actual, su última intervención, en la que esto se afirmaba—. Qué hijo de puta —dijo Juan de Orlando cuando la leyó—. Disculpadme un momento, que voy al servicio.

Cinco minutos después, Paco y Antonio, que ya habían deliberado sobre el plan, recibieron a Juan en la mesa con sonrisas de cachondeo que significaban «Qué pillada te hemos hecho». Juan era, obviamente, mucho mayor que ellos y recién conocido; probablemente le debían un respeto por estas circunstancias, pero a los tres les daba la impresión de pertenecer a una misma generación y de ser amigos de toda la vida.

—Entonces, ¿estáis de acuerdo en que hagamos eso? —preguntó Juan.

—Completamente —contestó Antonio, erigiéndose en portavoz.

—Bueno, pues mañana no, que tú acabarás tarde —dijo Juan, dirigiéndose a Paco—; pero pasado mañana nos vemos aquí a las ocho, a ver qué tal.

XV

Aquel martes, estreno de «La hora golfa», todo el mundo de su clase prometió a Paco quedarse a escucharlo. Estaba nervioso, pero veía que por fin iba a cumplirse una ilusión de toda su vida. Antonio, por su parte, había convocado a los amigos y amigas habituales para reunirse en su piso, alrededor de unas botellas, para oír a Paco y celebrar con él el éxito cuando finalizara.

—Esta noche van a venir todos éstos. Vamos a oírte.

—Qué bien. Me gusta. Yo creo que nos aprecian, ¿verdad?

—Sí, hombre. Yo creo que sí.

—Pues tengo miedo. Pero no del programa, sino de lo otro. A lo mejor... Es que es absurdo, pero a lo mejor hoy es nuestro último día de vida —dijo Paco— como la palme Orlando. Anoche recé por él.

—Anda, no seas gilipollas. Cómo nos vamos a morir —razonó Antonio y, tras una pausa, agregó—. No sé, Paco. Estoy tan incrédulo como al principio de leer. No me explico nada. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que yo también recé.

—¿Le vas a decir a Mónica que se lea el libro?

—Pues sí, claro. Se lo iba a haber dicho esta mañana en clase, pero me ha dado corte. Se lo diré esta noche, cuando lo digas tú en la radio. O después del programa, como se vendrá a dormir, le dejo el libro.

—También se lo tienes que decir a los demás. A cuanta más gente, mejor.

—Ya, ya lo sé. Esta noche, cuando tú lo digas... hombre, no se lo voy a enseñar a todos, que igual se ponen a leerlo y sería un cortazo, pero sí que se lo voy a decir.

—Como veas. Pero no te cortes, ¿eh? Tienes que decírselo.

—Que sí, joder. ¿Comemos? Tenemos espaguetis y palitos de merluza.

—Qué original. Oye, ¿habrán publicado el artículo de Juan?

—Pues claro, hombre. ¿No ves que el director es colega suyo?

—¿Qué pensaran todos cuando lean el libro? —preguntó Paco sin obtener respuesta.



Por la noche, algo antes de las nueve y media, Antonio acercó a Paco en el coche a los estudios de Radio Popes. Cuando éste se bajaba, con su carpeta y los libros y artículos de Orlando bajo el brazo, antes de que cerrase la puerta, Antonio le dijo: «No se te olvide decir eso. Y después del programa te vienes para casa, que estaremos allí todos haciendo el botellón». Luego pasó por casa de Mónica para recogerla. En el camino, pensó: «Al final no me ha dicho qué enigma va a poner». Cuando Antonio y Mónica llegaron al portal, Hermilo y el Urbas ya les estaban esperando sentados en el escaloncillo de la calle con dos bolsas llenas de botellas y hielo. Conforme se acercaba la hora, los amigos iban llegando con más frecuencia, hasta que a menos cinco se encontraban ya todos allí. Tras las señales horarias todos esperaron escuchar la voz de Paco; pero, en su lugar, dos voces alternaron la lectura de las noticias: del Gobierno, de los juzgados, de un alijo, de deportes, del fallecimiento, ya esperado, de un célebre escritor que

luchó durante años contra un cáncer... Por fin, a y cuatro minutos, Paco comenzó la conocida lectura de sus folios:

—Como sé que algún día tendré mi propio programa de radio...

Todos los presentes en el piso escuchaban con atención las palabras de Paco. «Cuidado al ponerlos el hielo, que hacéis mucho ruido», advirtió Mónica. También Juan Ruiz, desde el más periférico punto de la ciudad, escuchaba el programa derrumbado en su sillón con desánimo: su crítica no había aparecido publicada. «¿Pero por qué no?», le preguntó esa mañana a su amigo, el director del diario, telefónicamente. «Porque ha muerto Lázaro Stoller, el escritor, y ya teníamos desde hacía unos días tres caras preparadas con su biografía. Se esperaba desde hace tiempo este desenlace... No hemos tenido espacio, Juan. Lo siento. Mañana o pasado aparecerá, tienes mi palabra», le respondió.

Con el nuevo enigma, leído y repetido hacia la media hora de programa, había dado paso Paco a la primera entrega de publicidad. «Ahora, después de los anuncios, tengo que decir lo de Orlando», pensó, y puso sobre su mesa el artículo fetén que había elaborado. «Bueno, mejor al final, cuando lea el cuentecillo de Antonio y cuando ponga las dos versiones de "La chica de Ipanema". Me quedarán...», calculó, «once minutos para hablar de Orlando y cuatro para despedir el programa. Buéh, de sobra».

Juan y Antonio, en sus respectivas casas, escuchaban con ansiedad las cosas que Paco decía y que no le importaban lo más mínimo. «A ver si lo dice ya, hostia», pensaba Antonio, desesperado, mientras del transistor salía la voz de alguien cantando «Mira qué cosa más linda». «Y ahora otra vez», dijo en voz alta

Juan Ruiz al comprobar que tras la primera canción volvían a sonar de nuevo las mismas notas, pero esta vez reproducidas por otra banda.

—Esto no era así —dijo Paco al realizador a través del micrófono, cuando éste le comunicó, a mitad de esta segunda versión, que debía despedir el programa cuando cesara la música—. Son las once menos cuarto. Me quedan ahora otros quince minutos.

—A mí qué me cuentas. Son órdenes. Ahora hay cuarto de hora de información bursátil.

Y Paco, creyendo que los elementos se aliaban contra él, maldiciendo en pensamientos a Julio Antúnez, improvisó una despedida, ya que la que tenía prevista le ocupaba más de lo disponible, de este modo:

—Hemos llegado a la última página de este primer ejemplar de «La hora golfa». En Radio Popes esperamos que haya sido de vuestro agrado, y por ello os emplazamos para que estéis aquí con nosotros, el próximo martes. Ya sabéis, a las diez...

Se levantó con indignación. Dejó los cascos sobre la mesa y recogió su carpeta y sus libros. Entró al servicio a orinar y mirándose en el espejo se preguntó: «¿Y ahora qué va a pasar?». Cuando salió a la calle, se sentó temblón en un banco del parque, de espaldas al paseo, y lloró sin consuelo durante más de una hora.

Y como vieran en su casa que a las doce no había llegado y que el whisky escaseaba, Urbas y Hermilo comentaron en voz alta que sin duda Paco se había quedado tomando una cerveza con Antúnez y los demás compañeros, y así convencieron a todos de que aún tardaría un rato en llegar y de que bajarán a los ba-

res a seguir bebiendo. Mónica era la única que notó la seriedad de Antonio, que apretaba la cara para no llorar.

—Pero qué te pasa —le dijo en su cuarto, acariciándole la cara.

Antonio hizo un tremendo esfuerzo por contenerse.

—Nada, de verdad que nada.

—Venga, bonito, dímelo —Mónica lo tenía abrazado y le daba besitos breves por la cara.

—Si no es nada. Es que me da mucha pena por Paco... El pobre, que tenía tanta ilusión, y luego le recortan quince minutos... Y, encima, el programa ha estado fatal.

—Pero Toni, si te has pasado todo el rato diciendo que estaba fenomenal, y a todos nos ha gustado mucho.

—Ya, pero era por decir. Anda, Mónica, vete. Vete con éstos, que a mí no me apetece.

—Cómo te voy a dejar aquí solo, bonito. Me quedo contigo.

—Que te vayas, de verdad, que prefiero estar solo —le dijo con lastimera autoridad.

—Bueno, como quieras —y le besó en la boca.

Antonio no tuvo que salir a despedirlos. Mónica les contó, de su parte, que la bebida le había sentado mal, que le había dado el bajón y que ya se quedaba durmiendo. La realidad es que se quedó llorando, desconsolado por todo y más por no haberle dado a Mónica el libro de Orlando.

Por otro lado, Juan Ruiz, en su casa, estaba lleno de miedo y, todavía con la radio al fondo, llamó al hospital para preguntar a su mujer por el estado de Orlando.

—No creen que pase de esta noche —le dijo.

Juan se alborotó. No tenía coche y vivía lejos de la casa de los chicos. Había que buscar una salida rápida; si no, si Orlando moría, todos irían cayendo como fichas de dominó empujadas por él, y enumeró: «Yo, Antonio, Paco, Mónica, ese tal Hermilo, el Urbas, el hombre del Copito...», y se imaginó una fila larguísima formada por todos ellos y muchas más personas que de alguna manera se verían implicadas, derrumbándose una detrás de otra, en inamovible posición de firmes. Confiaba, no obstante, en que Antonio y Paco, viendo que su plan no se había cumplido en absoluto, se acercarían a él con alguna idea. O bien para pedirle auxilio. «¿Y qué les voy a decir?», se preguntó.

XVI

Antes de las dos, un insistente zumbido en el portero automático de Juan Ruiz, lejos de molestar a esas horas, le alegró el alma. Se asomó por la ventana de la cocina y les abrió la puerta.

—¿Ha oído la radio? —preguntó Antonio.

—Sí. Y tampoco han publicado nada. Pero eso es lo de menos. Lo importante es que no creen que Orlando pase de esta noche. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué se le ha ocurrido? —dijo Paco.

Juan Ruiz se encogió de hombros.

—Pues vámonos —propuso Antonio.

—¿Adónde?

—A donde sea. Lejos, vámonos lejos —aclaró—: un final novelesco. Es lo que necesitamos para inmortalizarlo. Una huida, una fuga: tenemos que llamar la atención, conseguir que el mundo sepa que existimos.

—Esperad —dijo Juan Ruiz, convencido de que ya los tres pensaban unánimemente en la fuga como última vía de escape—. Tengo que dejar por lo menos una nota. Te habrás traído el coche...

—Claro.

Juan subió a la planta de arriba. De un cajón de la mesa de su despacho sacó la pluma, aún sin estrenar, que sus suegros le regalaron cuando les pidió la mano de Carmen. La cargó con una ampolla, la puso boca abajo para dejar que

la punta se inundara de tinta y, mientras esto sucedía, en su dormitorio cogió de un altillo una bolsa de viaje e introdujo en ella sus efectos personales de más importancia. Cuando por fin cerró la cremallera, echó un último vistazo a su habitación y cerró la puerta. La pluma, tras tantos años de inactividad, se encontraba lista para escribir:

«Amada Carmen:

Acontecimientos imposibles para cuya explicación carezco ahora de tiempo me obligan a dejarte y a huir lejos. No me creas asesino, corruptor de menores o metido en otros asuntos sucios. Con gran dolor tengo que escapar rápidamente, pues la guadaña de la muerte me ronda la nuca en este instante.

Sin tiempo para contarte más, sólo te pido que adquieras y leas "LA RUTA NO NATURAL", primera novela publicada de Orlando Azcárate, el muchacho que se lanzó al vacío desde su casa, en donde encontrarás la razón de mi abandono. Entenderás con su lectura mi destino incierto y la mentira que, contra mi voluntad, me he visto obligado a mantenerte respecto de este chico; te pido perdón por ello, y confío en que sabrás otorgármelo.

Tuyo siempre,

Juan».

A todo esto, mientras Paco y Antonio oían los pasos de Juan deambulando deprisa sobre sus cabezas, éstos continuaban en la cocina tomando café.

—Tómame otra taza —le dijo Paco—. Vas a tener que conducir toda la noche.

—Vamos —precisó Antonio—, porque tú también.

Juan bajó con su equipaje y un atlas del mundo debajo del brazo. En el bolsillo del pantalón se había guardado el pasaporte.

—Tendréis que coger algo. Vamos a vuestra casa.

—¿Y para qué el atlas? —preguntó Paco.

—Para trazar la ruta —contestó.

—Esto parece una locura.

En el piso cenaron abundantemente: «Vamos a quemar muchas calorías», dijo Juan. Desplegaron el atlas sobre la mesa de la cocina y señalaron con círculos sus posibles objetivos. Cuando terminaron, cogieron, además de algo de ropa, el escaso dinero que tenían, las tarjetas de crédito y las libretas bancarias, galletas, leche, agua, los libros de Orlando, papel, un bolígrafo y dos sobres y dos sellos que Paco tenía. Distribuyeron los tres equipajes entre el maletero y la bandeja trasera. Se acomodaron en el coche, Paco cedió a Juan el asiento delantero por cortesía, y éste y Antonio se abrocharon el cinturón. Aún en punto muerto, Antonio aceleró a fondo y los tres, ayudados por el retrovisor y el rabillo de los ojos, se miraron sonriendo con la melancolía de todo aquél que comienza una aventura incierta. Antonio y Paco se encendieron un cigarro. «¡Fume usted, Juan!», le ofreció Antonio. Y Juan, que fumó por última ocasión en su boda lejana, pegó fuego a un cigarrillo y exhaló una gran bocanada.

—¡Adelante! —gritó, y salieron chirriando y dejando las cubiertas marcadas sobre el asfalto.



Salieron emocionados, ciegos, sin consciencia de lo que dejaban atrás y con ignorancia de lo que les vendría. Tomaron la primera carretera sin tener en cuenta la nula conveniencia de ésta para llegar a los destinos que se habían fijado, todos al Sur. Viajaron toda la noche, con Paco y Antonio turnándose en el volante porque Juan Ruiz no tenía el permiso. En el camino llenaron dos veces el

depósito y aprovecharon estas paradas para discriminar y fijarse un único objetivo —«Casablanca», dijeron al unísono— y recuperar energías. «Pero acabamos de dejar Madrid. Por aquí no vamos bien para tomar el ferry», indicó Paco. «Tampoco tenemos prisa», replicó Juan volviéndose hacia atrás. A media mañana celebraron su llegada a Barcelona haciendo sonar la bocina.

—Antes de seguir quiero escribir a Mónica.

—Y yo a casa.

Desayunaron sentados en las mesas de un bar. Paco y Antonio escribieron cada uno un folio con explicaciones y negación de locura. Las metieron en los sobres y las echaron a un buzón. Antonio utilizó además otro folio, que llenó de palabras de amor, súplicas de perdón y promesas de recuerdo. Ambos rogaron, en su postdata, que comprasen y leyesen el libro de Orlando Azcárate. Juan, mientras tanto, paseó por las Ramblas y se puso en el ojal un clavel que compró a una florista.

Aquella mañana, en una oficina del Ministerio del Interior, Paco y Antonio rellenaron sendas solicitudes de pasaporte. Juan se inventó alguna excusa y con ésta consiguió del amable funcionario gran celeridad en la tramitación de los expedientes. Hicieron dos noches en una pensión y aprovecharon para conocer la ciudad Condal. El tercer día, con toda la documentación que más adelante les haría falta guardada en sus equipajes, partieron con rumbo a Francia.

Durante más de una semana avanzaron a razón de varios cientos de kilómetros diarios: el primer día llegaron a Marsella, el segundo a Génova, el tercero descansaron en Milán y cambiaron el aceite al coche, el cuarto alcanzaron Innsbruck y Viena el quinto. El sexto cambiaron dos cubiertas en Budapest y el sépti-

mo comieron en Bucarest. El octavo salieron de Sofía y llegaron a Estambul. Aquí estuvieron varios días, viendo los palacios y los mercados sin poder comprar, pues su coche era su casa y allí nada cabía. Cruzaron a la Turquía asiática recitando al unísono la «Canción del pirata», que Paco sabía de memoria y había copiado en dos papeles para este menester, y alcanzaron Ankara una semana después, pues pararon en una ciudad intermedia para poner a punto el coche, que algo le pasaba, ya que se calentaba demasiado. En Siria, el 124 no pudo más, y lo abandonaron con dolor, vendiéndolo al peso como chatarra. Dos días más tarde, el capitán de un carguero aceptó de extranjis la suma que Juan le ofreció y los llevó, de día en la cubierta y de noche descansando entre los sacos de café de las bodegas, hasta Alejandría. Pasaron aquí algo más de un mes, malviviendo en una habitación alquilada. Ya con poco dinero caminaron Nilo arriba y, en el otoño, un amable francés les subió a su todoterreno y les adentró durante tres jornadas en el desierto. Se despidió de ellos junto a un oasis fascinante.

Epílogo

Aunque nunca llegaron a Casablanca, muchos años después, en el desierto, Paco, Juan y Antonio vivían errantes y felices compartiendo sus días con un grupo de nómadas. Dispone cada uno de dos camellos: uno para su propio transporte y otro para el de sus efectos. De vez en cuando paran y se establecen por un tiempo en algún lugar impreciso. Durante los trayectos, a Antonio le gusta detenerse en lo alto de una duna y afeitarse a navaja en solitario, contemplando el mar inmenso de arena fina que les rodea. Luego, pica las espuelas y enseguida avanza la media legua que los demás le han aventajado. Paco casó con la hija del jefe del grupo, una bella Princesa de melena negra que viste con chales y túnicas y velos transparentes y que tiene un ombligo con lunar que es una delicia. Él es Príncipe consorte con derecho de pernada, que no ejerce pero del que presume con Juan y Antonio. Dispone también de un pequeño pero bien nutrido harén, que sí aprovecha en algunos momentos. En su nueva cultura, que aceptó sin impedimentos, el amor es incompatible con los celos. Juan, con su ciencia, se encarga de dirigir la construcción de pozos, remolques y cuadras, y el suegro de Paco lo tiene en muy alta estima y a menudo se juntan en la tienda de alguno de los dos para comer y beber. Antonio, aunque sigue cultivándose como amante cuando la oportunidad se le presenta o cuando Paco le invita, no ha vuelto a tener novia ni se le conocen amores, y Paco asegura que nunca los tendrá porque nunca ha dejado de pensar en Mónica. Hace ya tiempo que enterraron la novela y los cuentos al pie de una palmera de un oasis perdido. Muchas veces, los tres se reúnen y

hablan de los tiempos pasados, y desean recordarlos y averiguar su final desenterrando este libro que nunca encontrarán. Ahora, tanto tiempo después, a menudo se preguntan si de veras ocurrió en sus vidas aquel episodio irreal que los llevó a cruzar de tan singular manera el Mediterráneo y a adentrarse tanto en su otra orilla. Hasta hace unos años, en Libertad, 19, se recibían cartas sin firmar que generaba periódicamente algún ordenador, en las que la Casa de Cultura advertía a Antonio que sería denunciado a la autoridad judicial si los cuentos no eran devueltos antes de quince días. Él no lo sabe, mas tampoco le importa; como tampoco que por fin se libró por pies planos del Servicio Militar, ni que alguien dictó contra él una orden de detención por no presentarse a presidir una mesa electoral; Paco, por su parte, nunca ha sabido que está en búsqueda y captura por desertión. Todas las noches, al acostarse y antes de dormirse, Antonio se queda pensativo, con los ojos abiertos, observando la claridad enorme que traspasa la lona de su tienda y que permite localizar sin error a la luna en el cielo, y recuerda a Mónica y trata de imaginar dónde estará, qué estará haciendo, con quién vivirá. Su memoria siempre retendrá su cara y su cuerpo veinteañeros. Luego, cuando por fin se vence al descanso, sueña que la pluma de Orlando continúa deslizándose sobre un papel en blanco, escribiendo ella sola la novela de sus vidas y aumentando día a día, página a página, hasta su muerte, el grosor ya inverosímil de este libro.

FIN